

PREFACIO

Pasados los años, el libro fue el medio de comunicación escrita más importante. En la actualidad, las revistas, tanto físicas como en Internet, se han convertido en una poderosa herramienta para hacernos llegar la información de todo tipo, pero también aquellos textos que tengan que ver con la inventiva del ser humano, como lo es la propia creación.

José Saramago decía que “las palabras son sólo piedras puestas atravesando la corriente de un río. Si están allí es para que podamos llegar al otro margen, el otro margen es lo que importa”. Las palabras trascienden el tiempo y el espacio. Aquello que queda escrito se guarda en la memoria de la humanidad envuelto en las hojas procesadas de la naturaleza o, en su defecto, queda inscrito en páginas electrónicas.

La comunicación se define desde su etimología, ya que proviene del latín *communicare*, que significa “poner en común, compartir algo”. Y éste es el fin de lo que ahora nos convoca: intercambiar textos por medio de la revista *Pirocromo*, para descubrir qué es lo que inquieta a los estudiantes de Letras a compartir sus textos. Es lo que hoy nos reúne en esta edición especial, ya que, en esta ocasión, celebramos el XXV Aniversario del nacimiento de la Licenciatura en Letras Hispánicas.

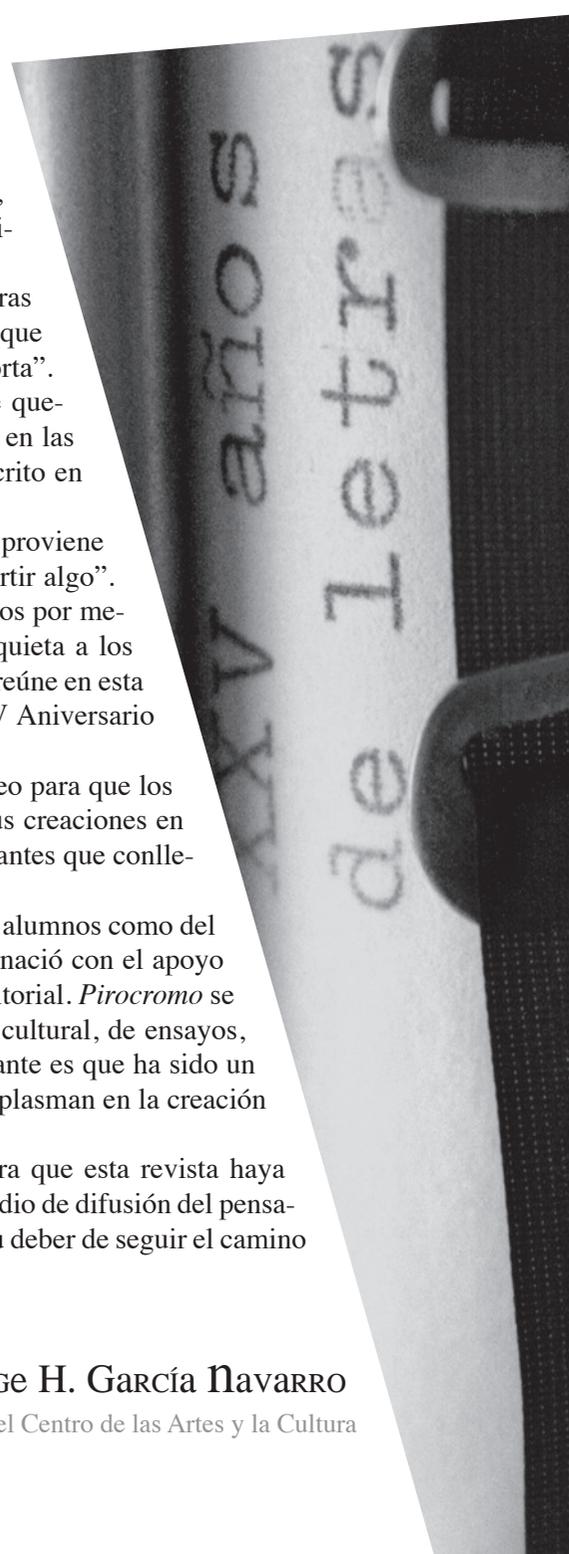
Pirocromo ha sido un logro, y representa el medio idóneo para que los alumnos de Letras cuenten con los espacios para compartir sus creaciones en conjunto con la investigación literaria. Dos quehaceres importantes que conllevan a los estudiantes de esta carrera: la creación y el ensayo.

Esta revista es una manifestación del interés tanto de los alumnos como del Decanato del Centro de las Artes y la Cultura, cuyo proyecto nació con el apoyo de Rectoría y con la siempre disposición del Departamento Editorial. *Pirocromo* se ha convertido en un canal de sociabilización, de intercambio cultural, de ensayos, de reseña, crítica y comentarios de libros, pero lo más importante es que ha sido un medio para compartir lo que surge de las propias ideas que se plasman en la creación de un cuento, un poema o una prosa poética.

Gracias a todos aquellos que han puesto su interés para que esta revista haya nacido y se siga conservando, ya que se ha convertido en un medio de difusión del pensamiento de esta generación de jóvenes que ahora cumplen con su deber de seguir el camino para convertirse en filólogos, en literatos, críticos o escritores.

JORGE H. GARCÍA NAVARRO

Decano del Centro de las Artes y la Cultura



Índice:

4 Presentación
Ana Luisa Topete Ceballos

6 Editorial

DIRECTORIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Mario Andrade Cervantes
Rector

Jorge H. García Navarro
Decano del Centro de las Artes y la Cultura

Ana Luisa Topete Ceballos
Jefa del Departamento de Letras Hispánicas

Martha Esparza Ramírez
Jefa de Departamento Editorial

PIROCROMO

Vanessa del Rocío Alonso Caldera
Editora

Consejo editorial

Alexia Berenice Cajero Salazar
Angélica Martínez Coronel
Fausto Enrique Méndez Batres
María Azucena García Ovalle
Nayuvi Leticia Vázquez Zúñiga
Tania Magallanes Díaz

Consejo consultivo

Adán Brand Galindo
Ana Luisa Topete Ceballos
Joel Grijalva Morales
Jorge Ávila Storer
M^a Guadalupe Montoya Soto

Diseño gráfico

Genaro Ruiz Flores González

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

Sitio web

pirocromo.wordpress.com

revistapirocromo.blogspot.com

**Pirocromo* es una publicación universitaria sin fines de lucro.
Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

Fotografía en portada y contraportada: Juan Daniel Mosqueda Esparza

DOSSIER: XXV ANIVERSARIO DE LA LICENCIATURA EN LETRAS HISPÁNICAS

Reseñas: LAS PRIMERAS LETRAS HISPANAS

11 De las pocas letras sacras de sor Juana
Nelly Magdalena Cervantes López

14 Historia de la monja alférez
Pedro Dan Ontiveros Alvarado

16 ¿Historia o literatura, crónica o sátira?
Valeria Villalpando Díaz

NARRATIVA

21 Paradiso
Aurora Cecilia Mendoza Martínez

ENTREVISTAS

25 Felipe, las letras y los viajes.
Entrevista con el maestro Felipe San José y González
Moisés Ortega

29 Jorge Ávila Storer.
25 años escribiendo la historia de Letras Hispánicas
Alexia Cajero y Fausto E. Méndez

MEMORIAS

35 El letrero todo lo puede
Jorge Terrones

38 La generación del 25
Julio Oscar Rascón Zaragoza

40 Los efectos pueden variar
José Pérez

44 Cubo instantáneo
Joel Grijalva

7

65

Reseñas: PRÓXIMAS PUBLICACIONES



51 De minotauros y mujeres que duermen
Sergio Martínez Medina



54 Partituras del íntimo decoro. Ricardo Orozco Castellanos
José Leonardo Lucero López

Ensayos

61 Por la libertad
Ilse Díaz

63 Las letras: testimonio de humanidad y sentido
Christian Rodrigo Barba Macías

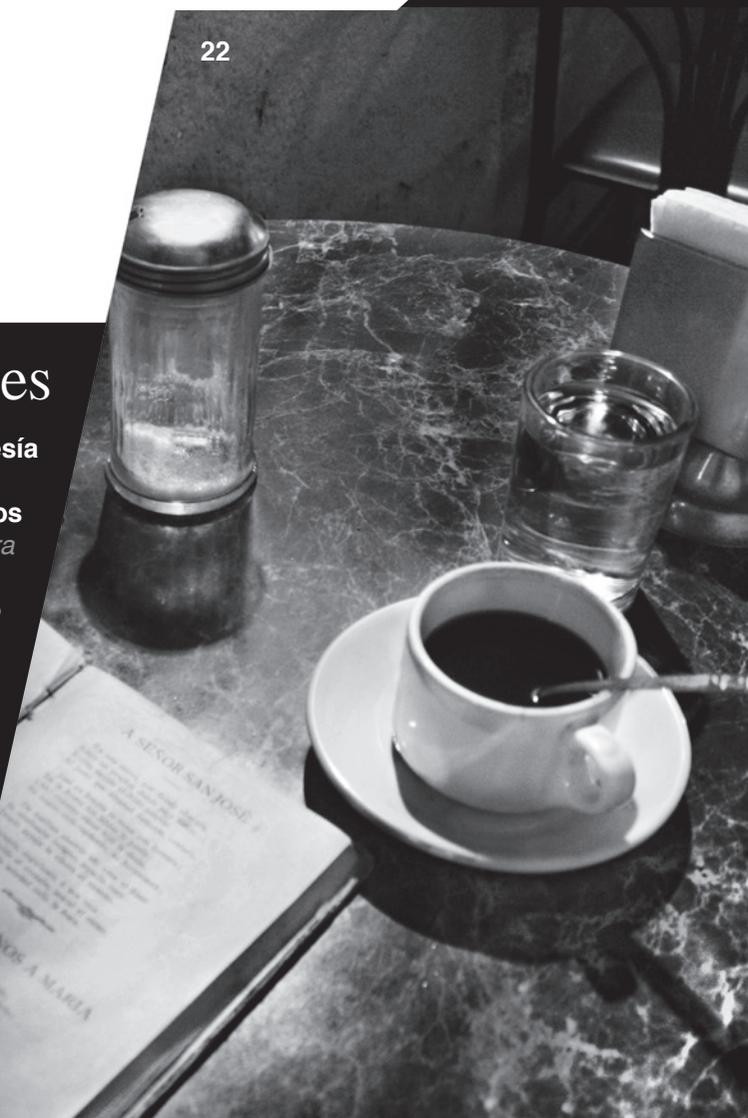
OTRAS CREACIONES

Poesía

66 Poemas despojados
Paloma Mora

Ensayo

68 La ética aristotélica atrapada en refranes mexicanos
Ana Luisa Topete Ceballos



Presentación

ANA LUISA TOPETE CEBALLOS

Jefa del Departamento de Letras Hispánicas

Centro de las Artes y la Cultura

La palabra es eso que define al mundo, a la vida y al hombre; convertida en sustantivo, es la más importante que aparece en los libros sagrados porque Dios comenzó a nombrar su creación. La palabra es el comienzo de la vida y es el comienzo del quehacer de quienes se dedican al estudio de la Lengua en sus manifestaciones más profundas: la literatura. La palabra es la manifestación de lo que nuestro corazón, nuestra mente y nuestra alma están llenos. La palabra es infinita y, como dijese Michel de Montaigne: “La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la escucha”; es el corazón de la comunicación humana.

Palabra, concatenación de letras con sonido y escritura propios, unión de sílabas que describen sentimientos profundos y anhelos diferentes, abiertas o cerradas, altas y pequeñas, su cuerpo es la voz y la escritura que expresa frustraciones, deseos, gozo y paz, diversidad de sentimientos.

La palabra, don dado solamente a los hombres, con ella construyes o destruyes; te alejas o te acercas; matas, juzgas o apruebas. Hay palabras que te pulsan las cuerdas del alma, te taladran la memoria o la risa provocan, te envuelven de muerte, te acarician las entrañas, te introducen en ciclones de emoción, dan pinceladas de aliento o te hacen viajar por los caminos bifurcados perdidos en el tiempo.

Palabra, semema de siete letras, número cabalístico, evangélico, preferido por Alfonso *El Sabio*; número que el Santo Libro describe para la emisión del perdón, número de una semana, lapso de creación del universo incluyendo el día de asueto. Siete letras contenidas en *palabra*, para ser usada en donde se amplían los horizontes o se angostan las veredas de la vida en que luego claman justicia o reprochan una deuda. Número que indica el infinito.

La palabra es algo vivo por el verbo que contiene. Quizá la palabra vive más que la propia gente; te immortaliza, y por ella tu pensamiento queda grabado para la infinitud.

La palabra, *verbum*, encierra sustantivos que dan nombre a los objetos; adjetivos para hablar de cualidades; pronombres sencillos y humildes que ocu-

pan el lugar de un nombre dado en una pila bautismal; conjunciones y preposiciones que unen hechos o dos seres, dos vidas, dos almas, son nexos.

La vida se desgasta, la palabra no. Todo muere, ella permanece.

La palabra toma diversas formas según su contenido, de alfiler en ocasiones, en otras de huracán o de fiesta, taladro o nube; de abrazo o de bofetada, o quizá de beso. Con ella describimos historias, platicamos cuentos, contamos los hechos, afloramos sentimientos, gritamos maravillas; mas también herimos, manifestamos alegría, expresamos dolor, alentamos desvalidos o cantamos al amor. *Palabra*, emisión que trabaja inteligencias y mentes, mueve corazones y nos hace mover los labios o pulsar una pluma.

Palabra que miente y llora, que reclama los derechos, que nos viste de alegrías o nos devana los sesos, que emite recuerdos viejos del jardín de la memoria, del baúl de nuestra infancia, llanamente para decir: “te quiero”.

En este número de la revista *Pirocromo*, le rendimos un homenaje a quienes, en algún momento, pensaron, impulsaron, planearon y llevaron a cabo la fundación de una licenciatura que tiene la *palabra* como principal herramienta de trabajo: la licenciatura en Letras Hispánicas que en este año cumple 25 años de vida.

Gracias a todos aquellos que tuvieron el impulso para la creación de esta carrera. Ellos han hecho posible que, quienes estamos interesados en el estudio de la Lengua y sus funciones, en el análisis de los textos literarios, la creación literaria y el estudio filológico, tengamos esta maravillosa opción dentro de nuestra universidad, para profesionalizar el estudio de todo aquello que está formado con palabras. Gracias especialmente a los fundadores de la licenciatura en Letras Hispánicas: a los maestros Felipe San José y González y Jorge Ávila Storer; a quien fungía como Rector en aquel entonces, el licenciado Efrén González Cuéllar; como decano, al maestro Felipe Martínez Rizo; al jefe del Departamento de Filosofía y Letras, el maestro Amador Gutiérrez Gallo; y a quien impulsara fuertemente esta iniciativa: el doctor Alfonso Pérez Romo. Para lo único que la *palabra* es insuficiente, por esta ocasión, es para decirles ¡gracias!

EDITORIAL

Hace veinticinco años la mayoría de los actuales universitarios ni siquiera éramos imaginados por nuestros padres; en ese entonces arribó la carrera de Letras Hispánicas a nuestra Universidad; prometiendo una formación humanista y engrosando así la oferta académica. Con el transcurso de los años se emprendieron diversos proyectos de índole cultural, académica, editorial y artística; y surgieron las primeras publicaciones estudiantiles. Mientras tanto, en una que otra escuela primaria se gestaban mentes idóneas para el futuro de las letras; el análisis lingüístico y literario, la creación y la difusión de la lengua y la cultura, ¡quién lo iba a imaginar! Tal vez alguno de nuestros maestros llegó a sospecharlo, pero calló su veredicto, quizá por temor a una decepción paterna o dramas maternos.

La infancia del letrado no se asemeja a ninguna otra; cargar un libro bajo el brazo durante el receso; recitar las glorias del Ejército Trigarante al unísono, la onírica intención de escapar a donde fuera justo a la hora de clase, corregir las erratas en pizarrón, a pesar de un orgullo herido, mejillas ruborizadas o una satisfacción muy profunda, que proclamaba: “pero qué buen maestro soy”; o al explayarnos en la escritura, en cartas para nuestros abuelos y para el dichoso Niño Dios. A la primera oportunidad, atendíamos con gusto una lectura en voz alta, creábamos *ipso facto* imágenes mentales; recuerdos que son el común entre nosotros, peculiaridades que nos delatan e identifican.

Es atrevido afirmar que, para estas generaciones, la carrera es ya lo bastante conocida y valorada; de ser así, nos hubiéramos ahorrado tener que contestar a las infaltables preguntas: “¿qué estudian en esa carrera?” y “pero, ¿de qué vas a vivir?” con las que amigos y familiares aturdieron a tiernas e idealistas mentes preparatorias.

Muchos optamos por las letras meses antes de ingresar a la educación superior. ¿Por qué nos atrajo aquel imán lingüista? A todos nos hechiza algo en especial, es difícil encantarse por un todo. Y el pánico se hace presente al descubrir a otros veintinueve sujetos, apasionados como tú, y estrechamente cercanos a ese todo que no logras abrazar.

“En la carrera no se forman escritores”, ruedan cabezas al filo de la sentencia. La lengua, señores, eso estudiamos; analizamos y deshilamos para volver a tejer. La naturaleza del hombre es juzgar lo desconocido, vayamos entonces a la praxis, desalojemos las dudas. El perfil del egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas se asemeja más a un multitareas, sin soltar la idea de llevar el conocimiento por medio de la comprensión lectora, ésa es nuestra labor social, aplaudida por muchos y menos apreciada por el resto.

A veinticinco años del inicio de los estudios lingüísticos y literarios en Aguascalientes, la invitación de alumnos, catedráticos y egresados sigue abierta: la lectura de una obra escrita que propicie al gozo. *Pirocromo* es una de tantas alternativas para que, quienes integramos la carrera, nos compartamos y nos conozcamos; en este número festejamos el aniversario de todos nosotros con reseñas, entrevistas, memorias, narrativa y poesía. Esperamos que disfruten de nuestra labor, de las letras hispánicas que son tan suyas como nuestras.

La EDITORA

Memento mori

“Tierra eres y en tierra te convertirás”



ER1: Edgar E. González Hernández.



Arif



◀ER2 y ER3: Edgar E. González Hernández.

El cigarrillo como objeto hecho en serie, su fabricación pasa por un proceso idéntico para cada uno, para todos, y sin embargo la forma en que se consumen es tan distinta, es lo que los hace individuales, se trata de disfrutarlo mientras se encuentra encendido, *memento mori*.

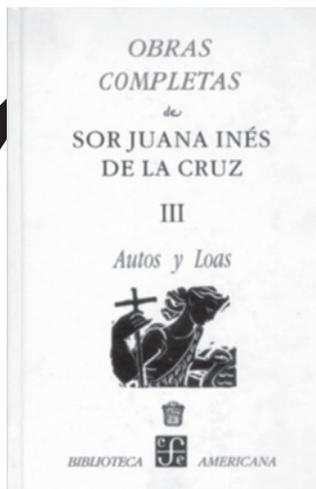
Reseñas

Las PRIMERAS LETRAS HISPANAS

De las pocas letras sacras de SOR Juana

NELLY MAGDALENA CERVANTES LÓPEZ

Estudiante de 4º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas



Cruz, sor Juana Inés de la, *Obras completas, III. Autos y loas*, ed., pról. y notas de Alfonso Méndez Plancarte, FCE, IMC, México, 1955.

Enseñar religión siempre ha sido una tarea complicada, los temas resultan difíciles tanto de explicar como de comprender; por ello, durante el siglo XVII, en España se implementó una técnica para enseñar los temas religiosos de una manera sencilla y comprensible a través de una de las actividades de mayor recurrencia y deleite para las personas: el teatro. La técnica usada fue la creación y representación de los autos sacramentales, famosos por tratar los contenidos bíblicos disfrazados con otra temática, mientras que su idea central era la de instruir en el misterio de la eucaristía.

Un texto de este tipo es el que en las siguientes páginas me he atrevido a referir para incitar su divulgación; sin embargo, debo confesar que es un intento más para acercar a las personas a la lectura de obras literarias tan provechosas para aquellos que –como Heidegger– seguimos creyendo que el pensamiento es un oficio.

La edición ofrecida por el Fondo de Cultura Económica es una de las mejores que se han hecho con las obras completas de la monja, pues incluye prácticamente todos sus textos. El tomo III alberga los autos sacramentales junto con sus loas. Esta edición de Alfonso Méndez Plancarte, prologada por él mismo, está ilustrada y además cuenta con un aparato crítico muy bien es-

estructurado, contenido como notas a pie de página para ayudar a tener una mejor comprensión de la lectura en su contexto original.

Bajo el nombre de Juana de Asbaje, una singular mujer ingresó al convento de San Jerónimo, ahí pudo dedicarse a su más grande pasión: el estudio de las letras y la composición poética. Conocida por todo el mundo literario y más aún, sor Juana Inés de la Cruz ha sido una de las grandes mujeres destacadas en el arte de escribir versos. Entre los muchos géneros literarios que escribió, la poetisa decidió unirse a los escritores de autos sacramentales, como Calderón de la Barca.

Su auto más famoso es sin duda *El divino Narciso*, una obra interesante, resultado de la mezcla de símbolos cristianos con elementos paganos de la cultura griega. Los recursos utilizados por sor Juana para fusionar las culturas convierten el recurrente tema eucarístico en un texto pasional, lleno de personajes complejos capaces de transmitir el mensaje a través de imágenes tanto visuales como auditivas.

Esta mezcla de la cual hablo consiste en una analogía entre Jesús y Narciso, y su relación con la humanidad; es decir, la relación Hombre-Naturaleza humana. Para ajustar perfectamente esta comparación, sor Juana introduce algunos de los rasgos más importantes de la historia de Jesús, tales como el periodo de tentación, los cuarenta días que ambos personajes sufren en el desierto, el cargar de los pecados del mundo, el sacrificio de la vida por la humanidad, la tierra que se parte al momento de su muerte, entre otros.

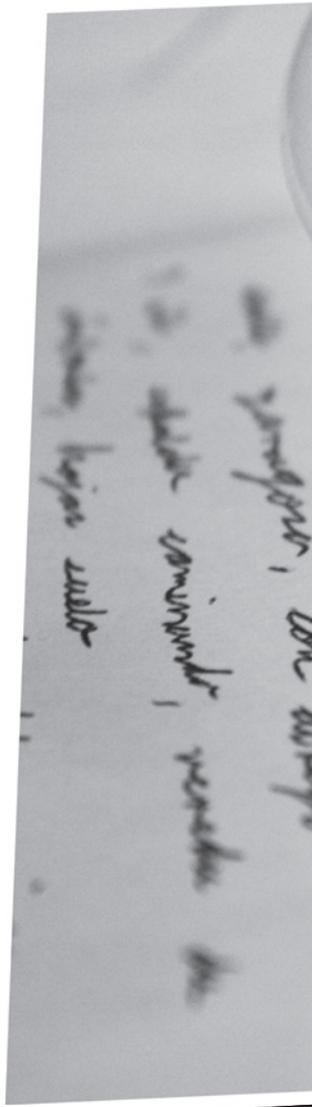
Sin embargo, el enlace no ocurre desde el principio, sino que el auto comienza con una querrela entre la Sinagoga y la Gentilidad, donde la primera pide alabanzas a Dios; la segunda, aplausos para Narciso. Pero no es porque se le haya ido la pluma, sino que muestra la dualidad en las creencias del hombre: por un lado está la religión con todas sus implicaciones, y por el otro, la tendencia a las banalidades de la vida. Es el carácter, la propiedad humana la que logra fusionar los elementos a través del personaje de la Naturaleza humana. Se hace notar lo siguiente: la belleza y perfección de Narciso sólo pueden ser dadas por la gracia de Dios, quien las depositó en su hijo. Es justo aquí donde se mezcla todo, pues Narciso es visto como el hijo de Dios que se hizo hombre.

Dentro de este mismo recurso de fusionar los personajes, la poetisa introduce en la última escena el constituyente principal del auto: la eucaristía.

Algo interesante se presenta entre la eucaristía y la resurrección, ya que en la historia de Jesús ocurren en ese orden, pero en *El divino Narciso* suceden al revés, primero la resurrección y después la eucaristía.

Sor Juana va más allá, usa un buen número de temas religiosos, no se limita. Resulta verdaderamente impresionante cómo los va incluyendo poco a poco, de tal manera que parecen no estar ahí. Desarrollando cinco cuadros divididos en dieciséis escenas, sor Juana hace y deshace versos de variada métrica para darle mayor jocosidad.

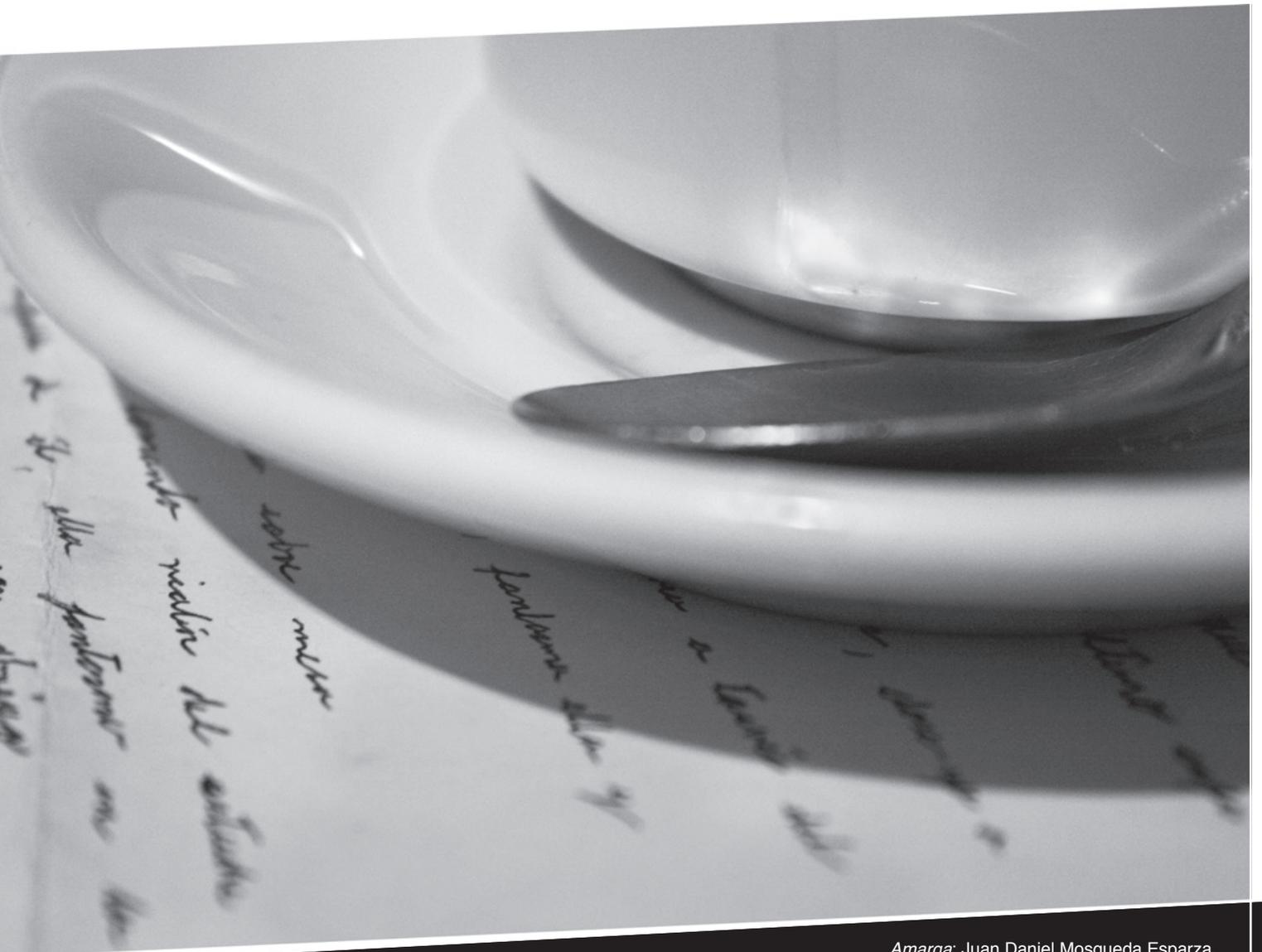
En cuanto a las características y recursos literarios empleados en este texto, hay uno que, en particular, disfruté mucho. Se trata de un juego de palabras desarrollado en las escenas XI y XII, que consiste en la repetición de la última palabra de cada tres líneas o diálogos y luego juntar esas tres palabras para formar otra frase en verso; y cada cuatro frases hacer una nueva estrofa con los versos hechos de las últimas palabras de cada diálogo. Lo emocionante del juego se completa con el personaje que hace la repetición, por supuesto, Eco.



Otro artificio literario del cual se vale la autora es una forma poética muy recurrente en el barroco y en general en su propia obra: el soneto. El poema cierra el cuarto cuadro y su importancia y belleza no está sólo en la calidad métrica –pues usando todos los tipos de endecasílabos logra una armonía casi perfecta– sino en el alto contenido semántico y simbólico. Sor Juana retoma el tema religioso en esta ocasión con las últimas palabras o frases de Cristo pronunciadas antes de morir, pero no las usa todas, solamente las últimas cuatro: “Sed tengo [...] / ¡Padre! ¿Por qué en un trance tan tremendo / me desamparas? Ya está consumado / ¡En tus manos Mi Espíritu encomiendo!”

No hace falta explicar demasiado, basta decir que la forma como logra integrar cada aspecto del tema expuesto con los elementos poéticos, es simplemente magistral.

Bien conocida es la historia de sor Juana y la grandeza de su obra, pero muchas veces el lector se limita a algunos poemas. Sin embargo, su obra recoge una vasta gama de creaciones, producto de su itinerante búsqueda del saber. Leer a sor Juana es probablemente una de las experiencias estéticas más placenteras para el alma, así que, ¿en perseguirla, mundo, por qué no interesas? ¡Enamórate de ella, lisonjero!



HISTORIA DE LA monja ALFÉREZ

La HISTORIA DESNUDA

PEDRO Dan ONTIVEROS ALVARADO

Estudiante de 5° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas

A diferencia de otras “monjas” notables dentro de la historia de las letras en lengua española, como Santa Teresa de Jesús o sor Juana Inés de la Cruz, la mucho menos conocida Catalina de Erauso no quiso ser monja, no quiso llevar la vida que como mujer le correspondía y al parecer ni siquiera quiso hacer literatura; por lo que resulta difícil tratar sobre lo que se considera su única obra escrita: *Historia de la monja alférez*. Ésta es presentada como una autobiografía del siglo XVII que podría conformar una de las primeras muestras de prosa profana en la América española.

Según lo dicho en la obra, Catalina de Erauso nació en el país Vasco en 1585; desde los cuatro años fue ingresada al convento (de donde obtuvo su identificación como monja aunque no se ordenó) y en 1600 se escapó. Huyó sola hacia el Nuevo Mundo y, disfrazada de hombre, se puso al servicio de numerosos patrones a lo largo de Sudamérica. Se volvió soldado y participó en la guerra contra los araucanos en Chile, donde obtuvo el reconocimiento como alférez por sus hazañas en batalla. Luego de desertar, meterse en numerosos líos y andando prófuga de las autoridades, confesó que era mujer a un obispo peruano. A partir de entonces, obtuvo fama a lo largo del mundo. Al regresar a Europa se entrevistó con Felipe IV, quien le retribuyó sus servicios militares, y con el Papa Urbano VIII, quien le permitió continuar su vida en vestimenta de hombre.

Casi todo lo explicado en la autobiografía hubiera sido identificado como verdadero por las personas que conocieron la historia de Catalina de Erauso, pero al menos un dato, el de la fecha de nacimiento de la monja, parece haber sido alterado al cotejarlo con otros documentos que hablan de ella.

Contrastando con la considerable fama de que gozó hasta su muerte en México en 1650, en la actualidad parecen estar en casi completo olvido sus hazañas y sobre todo su autobiografía. Aparentemente, estando aún ella en vida, circularon ediciones de sus memorias, y ya en el siglo XIX se recuperaban con algunas publicaciones y una versión propia del británico Thomas de Quincey. En el siglo XX recibió un poco de atención luego de la filmación de algunas películas sobre ella, como la protagonizada por María Félix en 1944.

Seguramente la falta de reconocimiento de la que esta obra ha sido víctima se debe a su carácter no estrictamente literario, claramente reflejado en un texto narrado con la austeridad de un libro de historia y que se supone salió de la mano de una mujer que nunca se dedicó a las letras. Lo áspero y parco del discurso, sin adornos, manejado por la autora parece oponerse a lo emocionan-

te, interesante y a veces increíble de los hechos de que habla hasta crear ante mis ojos una paradoja. Tal sencillez en lo dicho en unas cuantas palabras no hace sino llenar al lector de dudas y sugerencias, tanto de cómo pasó lo relatado como de cuáles fueron las motivaciones de la protagonista en sus actos. Queda claro entonces que el propósito al escribir dicho texto no era hacer literatura, sino informar específicamente a algunos miembros destacados de la sociedad para obtener reconocimiento y beneficios económicos.

A pesar de lo apartada que luce la obra de la literatura, sobria y rígida, como plasman a Catalina de Erauso los retratos que en su época se hicieron de ella, hay razones de peso para estudiar y considerar *Historia de la monja alférez* dentro de la cronología de la novela hispana en América. Antes que nada, es una de las primeras muestras de prosa profana en el Nuevo Mundo español, por lo que no sería muy errado considerarla como una muestra de los inicios de la novela en estos lugares. Además, lo más importante que podría surgir de un análisis integral de la autobiografía es la determinación clara de que ésta posee el esquema básico de toda novela picaresca: la separación de la familia, el servicio a diferentes amos, la marginalidad de los personajes, una serie de peripecias y una crítica social que en este caso no es de lo más enérgica, pero está allí sin lugar a dudas.

Pese a recorrer el bajo mundo de los virreinos cometiendo delitos, acuchillando hombres, huyendo de la justicia y hasta seduciendo mujeres, lo cual muestra un definitivo desdén hacia la autoridad, la monja alférez termina mostrándose arrepentida ante un obispo, único personaje hacia el cual siente cariño. Posteriormente acude ante Felipe IV para obtener una pensión y consigue permiso del Papa para vivir como hombre. Resulta otra aparente paradoja entre lo marginado y lo oficial, entre lo execrable y lo aceptable.

Como alterno punto de interés, en la obra se encuentra el referente a las particularidades del personaje de Catalina de Erauso, específicamente las de carácter sexual. El narrador, tanto en lo expuesto como en su discurso, decide volverse hombre y se olvida casi por completo de su ser femenino para llevar una vida cuestionable. Que finalmente logre reconocimiento de la opinión pública en su condición es muy llamativo al verse en el contexto de aquella época, dentro de la cual podemos encontrar una sugerente prueba de lesbianismo, entablada por la protagonista con numerosas damas, y de la liberación que se buscaba de la opresiva vida de la mujer al buscar refugio en la desenvuelta y libertina existencia varonil.

La austeridad de *Historia de la monja alférez* no impide al lector transportarse al mundo evocado por la picaresca y las crónicas del Nuevo Mundo, sino que lo alienta, pues debe esforzarse el doble para intentar llenar los vacíos entre las palabras que se argumentan como verdaderas en la obra y hasta se presentan como tales. Creo que en el caso de esta lectura se puede aplicar con justicia esa frase por todos conocida que dice: “la realidad supera la ficción”.

¿HISTORIA O LITERATURA, CRÓNICA O SÁTIRA?

VALERIA VILLALPANDO DÍAZ

Estudiante de 5° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas



Rodríguez Freyle, Juan, *El Carnero*, Panamericana, Colombia, 2001.

Esta edición cuenta con notas de cada capítulo, las cuales se encuentran al final de cada uno de ellos. Estas notas ayudan al lector a tener una mejor comprensión del texto y también lo auxilian en la aclaración de algunos conceptos que aparecen en la obra.

Seguramente cuando usted, estimado lector, escucha hablar de la literatura hispanoamericana de la Colonia, rápidamente viene a su mente el adjetivo “aburrido”. Y es que para muchos, pensar en este periodo literario es referirse a las tediosas crónicas sobre América y sus colonias, siendo así que la lectura de estos textos, queda automáticamente prohibida por nosotros mismos, aunque otra razón, puede darse el caso, por la que estas obras son tan poco leídas es que se tiene un conocimiento escaso sobre ellas, pues inclusive algunas carecen de difusión entre los lectores.

Respecto a lo anterior muchos estarán de acuerdo; sin embargo, puedo asegurarles que esta literatura está llena de riquezas, que cualquier persona debería tener el placer de disfrutar.

Entre estas desconocidas riquezas encontramos la obra *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, un criollo oriundo de Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino, nacido el 25 de abril de 1566, de quien se sabe que tomó parte en la pacificación de los Pijaos (pueblos indígenas) bajo las órdenes de don Juan de Borja, además de que viajó por Castilla durante seis años, para después regresar a Guasca (América), en donde se dedicó a la vida del campo hasta el final de sus días. Aproximadamente a los 70 años, ya en el ocaso de su vida, decide recopilar en un libro todas aquellas anécdotas por él vividas, además de aquellas que

le relataron sus amigos, con el objetivo de que en España se enteraran de todo lo acontecido en la Nueva Granada. Así nace *El Carnero*, en el año de 1636, pero se publica hasta 1859. Su autor muere en 1638.

Probablemente, amigo lector, tras la mención del título de la obra, te preguntarás ¿por qué tiene ese nombre? Respecto a esto, los estudiosos han dado varias respuestas, sin embargo hablaré sobre la que me pareció más atractiva, la cual dice que esta obra se titula así porque mucha de la información anotada en este texto fue obtenida de los informes jurídicos escritos en papel, los cuales se desechaban en un basurero que era llamado carnero, debido a que estaba forrado con piel de ese animal. ¿Es entonces, *El carnero*, una recopilación de aquello que ya nadie más quería, de aquello que carecía de importancia? Créame que si alguien ha pensado en esto, está muy equivocado, ya que esta obra es un texto histórico y literario de gran importancia. Y es que a través de sus páginas se relata el descubrimiento, la conquista y la colonización de la Nueva Granada (lo que ahora es Colombia), además de que da cuenta de cómo fueron los gobiernos de esta colonia española: los acontecimientos que provocaron sus presidentes, visitadores, oidores y arzobispos; siendo ésta la manera en que conjunta en sus páginas 100 años de historia de la Nueva Granada. Pero también cuenta con 24 casos o historietas, en las cuales se narran historias acontecidas a los habitantes de esta colonia, los cuales casi siempre son personas vinculadas al gobierno o a la iglesia, y cuyos temas predominantes son la pasión desenfrenada, el crimen, la traición, la intriga y el honor herido. De ahí que la obra no sea homogénea, pues junta la historia por medio de la crónica, y la literatura a través de la sátira que logra mediante dichos temas en los 24 relatos.

Quiero dejar claro que por el evidente carácter de crónica que tiene esta obra, trata de apegarse más a la historia y a una función informativa, haciendo que algunos de sus capítulos sean tediosos y algo aburridos; sin embargo, tiene una ventaja sobre las crónicas: la inserción de las historias anteriormente referidas, las cuales son chistosas, curiosas e irónicas, como en la que se nos cuenta cómo un hombre mata a su mujer porque se cree traicionado por ella debido a que confunde la gesticulación de un sordomudo que, entrecruzando sus manos sobre su frente, intenta hacerle saber que asistió a la matanza de un novillo, por lo que el hombre malinterpreta sus señas y termina pensando que lo llama cornudo.

Es por esto que la lectura de *El carnero* se disfruta más y se vuelve más entretenida que la lectura de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, o los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, “el inca”. Y es que la obra de Rodríguez Freyle no sólo contiene estas historias intercaladas en sus páginas, las cuales no tienen nada que ver con la forma original de las crónicas, sino que también nos ofrece el uso de recursos literarios, tales como: figuras literarias (metáfora, suspenso, ironía, comparación...); evocación de obras de otros autores, como las que hace respecto los textos bíblicos y San Agustín; y finalmente, un narrador, el cual está mucho más cercano al lector que el narrador de una crónica, ya que él tiene una parti-

ción activa en la narración: brinda sus opiniones sobre lo que informa, da cuenta de sus reflexiones y da datos biográficos del autor, por lo que siempre está atento a lo narrado; es decir, interviene en ello. Acerca de esto, menciono que entre muchas de sus intervenciones logra percibirse su misoginia.

El carnero es una obra satírica, la cual parodia (critica y se burla) del género de las crónicas y su extrema seriedad mediante la anexión, entre los datos objetivos y serios, de historias que nada tienen que ver con el tema de narración de una crónica y que presentan personajes que sólo causan risa; además del uso de recursos literarios y de un narrador que mantiene un juego con el lector, por lo cual, como se dijo anteriormente, *El Carnero* carece de la rectitud de una crónica y se mofa de ella.

Pero también satiriza la sociedad de la Nueva Granada, a la que parece describir como una sociedad corrompida, capaz de la traición y el crimen, hasta en las clases más altas. Por ejemplo, está el caso que relata cómo un hombre llamado Peralta se entera de que su mujer le es infiel gracias a su propio amante, quien sin querer evidencia el adulterio, lo que termina con el asesinato justificado de los infieles por Peralta. Así que, frente a nosotros se erige una obra que no carece de entretenimiento.

Historia y literatura, crónica y sátira, burla de la crónica y crítica de la sociedad inmoral de la Nueva Granada, eso es *El carnero*, obra mediante la cual Juan Rodríguez Freyle nos demuestra, estimado lector, que no todo lo que se encuentra en un cesto de basura es verdaderamente un desecho.



nARRATIVA

PARADISO

AURORA CECILIA MENDOZA MARTÍNEZ

Bienvenidos, *benvenuti* al hotel Utopía, el lugar que esperaban todos los que algún día quisieron ver a Cristo en patines.

–Haces una fila y seguid a Orfeo, el perro parlante.

Por acá los poetas, les pido amablemente que se desprendan de las putas.

¡Fobos, Deimos, ángeles infernales, recoged las letras y las botellas que dejaron los poetas a su paso atroz por alcanzar la fama y matrices y ojos y el hábito que se arrancó Juana.

Cada aposento es de crinolina lechosa, cada mundo es una morada; en el seis Followski folla, en el ocho Revueltas revuelve y en el veintidós Alfonsina peina a dos siniestras sirenas.

Aquí la locura es tan persistente que traspasa la vida, una joven come astros y un puñal se transforma en hombre.

La muerte te puede dejar medio muerto con brochazos en cuartos festivos donde enanos y faunos dan bocanadas de hachís pimienta.

La salida se paga con sangre fresca, con niebla poblada, escritos consumidos o tormentos infantiles; el amor aquí no entra, pero te permite salir en un suspiro de fervor caliente.

¿La ubicación? Está entintado en tu nuca, diez padres nuestros al norte y un desayuno continental gratis.

Algunas le ley de siempre y ahora que fíate
antes de salir me habia desahogado los brazos
de color, a veces andante en el punto
de una distancia en el punto de un hombre
pueden salir al agua y con los brazos de hombre
en un momento, como los pollos del mundo
que apenas son nubes, como si
de que un momento usual en
de un momento usual en

Por el agua, desde el momento que
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un

ALSINTISIMOSACRAMENTO

de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un

LOS ZAMORANO

de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un
de un momento usual en el punto de un



ENTREVISTAS

FELIPE, LAS LETRAS Y LOS VIAJES.

ENTREVISTA CON EL MAESTRO FELIPE SAN JOSÉ Y GONZÁLEZ

MOISÉS ORTEGA

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Entrevistar a una persona como el maestro Felipe San José y González, fue para mí todo un reto. ¿Qué podía yo preguntarle a un hombre que sabe tantas cosas, a un hombre que admiro tanto?

Desde luego, lo primero que pensé fue en hacer una entrevista muy ceremoniosa y formal, pero inmediatamente después se me ocurrió que a lo largo de su vida le habrían hecho varias entrevistas de ese tipo y que, quizás, a nuestros lectores, a mí y a la gente que conocemos y queremos tanto al maestro, nos gustaría saber algo más personal, más íntimo.

Entonces me atreví. Conseguí su número de teléfono y le llamé para conseguir la cita. No tuve mucha suerte las primeras veces, hasta que después de cinco intentos (en días diferentes, claro) me contestó con esa voz peculiar que todos conocemos y me citó el martes 19 de julio en las nuevas instalaciones de Tele UAA a las 12:30 horas. A mí me dio mucho gusto.

Como era de esperarse, él estuvo puntualísimo. Me invitó a sentarme en uno de los sillones del *lobby* del edificio. Yo me lancé a preguntarle si podía hacerle una entrevista un poco personal y, bueno, lo que sigue es el resultado de la charla que tuvimos. Espero que la disfruten tanto como yo.

El niño Felipe

- P.- ¿Dónde nació, maestro?
F.S.J.- Nací en la Ciudad de México, en el centro mismo de la Ciudad de México, a una cuadra de la Alameda. En la Av. Independencia.
P.- ¿En qué año?
F.S.J.- En 1935.
P.- ¿Recordará usted a qué edad comenzó a hablar?
F.S.J.- Creo que muy pronto, sería al año.



Fotografía: Mike Rojo

Yo pasé una niñez extraordinariamente feliz

- P.- ¿Qué le gusta más, hablar o escribir?
- F.S.J.- Hablar, hablar, yo soy oral propiamente, yo no escribo. He publicado algún libro sobre literatura, pero casi no escribo, no me gusta mucho.
- P.- ¿Algún recuerdo significativo de su niñez?
- F.S.J.- Pues hay muchos, muchos. Yo pasé una niñez extraordinariamente feliz, pero tengo uno muy especial. A los tres años mi abuelo me llevó a una corrida a la vieja Plaza de la Condesa. Toreaba Fermín Espinoza y la rejoneadora Conchita Cintrón. Es algo que tengo muy grabado, una experiencia que nunca he podido olvidar. Hay que decir que soy partidario de las corridas de toros, tema sobre el cual podría uno hablar mucho, pero ya será en otra ocasión.

El enamorado perpetuo

- P.- ¿Qué es el amor, maestro?
- F.S.J.- Yo creo que es el sentimiento que mueve al mundo, siempre lo ha movido. Marx decía que la economía es el motor de la historia, pero yo creo que es el amor. A lo largo de la historia han pasado muchas más cosas por el amor que por dinero, pero, creo también, que el amor no se puede definir, es un sentimiento muy especial en el que intervienen al mismo tiempo el corazón y el cerebro, aunque curiosamente, los griegos decían que era el hígado el que amaba y no el corazón. No sé exactamente por qué lo dirían, tendrá que ver, quizás, con la química.
- P.- ¿A qué edad se enamoró por primera vez?
- F.S.J.- ¡Uy! (ríe) Sería como a los siete años, en ese entonces me enamoré de una tía, pues claro, era lo normal. De mis maestras no pude enamorarme porque tuve unas maestras que eran monjitas y pues no, y luego tuve muchos maestros. Por eso fue de mi tía de quien me enamoré definitivamente.
- P.- ¿Está usted enamorado hoy en día?
- F.S.J.- Sí, sí, sí, estoy completamente enamorado: llevo casado cuarenta y cuatro años, y sigo muy enamorado de Gladys.

A lo largo de la historia han pasado muchas más cosas por el amor que por dinero

Felipe, la poesía y los viajes

- P.- ¿Qué piensa de la poesía?
- F.S.J.- Es la forma más depurada de la literatura. La literatura, toda, es bella, pero creo que la poesía es el punto más alto. Y bueno, hay muchas definiciones de poesía. Recuerdo que el Marqués de Santillana, en su proemio, dice que la poesía es la palabra con una bella cobertura, y es eso precisamente, una bella cobertura.
- P.- ¿Usted escribe poesía?
- F.S.J.- He escrito algo. Hace mucho escribía poesía, ahora ya no. Como decía Ernesto Cardenal: “ahora vivo la poesía”.
- P.- ¿Cuándo se escribe, se sabe lo que se escribe?
- F.S.J.- No. Yo creo en la inspiración, en ese *daimon* que mencionan los griegos, ese pensamiento creador que le dice a uno cosas al oído. Creo que el escritor es un simple amanuense. Es que uno escribe lo que le dictan.

- P.- Su poema favorito...
- F.S.J.- Eso es muy difícil, mejor le diré mis poetas favoritos. Mis poetas favoritos son Góngora, Lope de Vega, sobre todo, y Sor Juana Inés de la Cruz. Ya del siglo xx será López Velarde y Jaime Sabines.
- P.- De otros géneros, ¿cuál es su autor favorito?
- F.S.J.- Definitivamente García Márquez. Muchos dicen que García Márquez se cree mucho y yo contesto siempre: “No, no se cree mucho, García Márquez es mucho”.
- P.- ¿Algún viaje inolvidable?
- F.S.J.- A España, sobre todo un recorrido que hice por el sur de España y por Marruecos. Marruecos me parece interesantísimo, siempre he querido regresar pero no he podido.
- P.- ¿Qué hay en Marruecos que es tan interesante?
- F.S.J.- Es un mundo completamente diferente, no tiene nada que ver con el mundo europeo.
- P.- ¿Qué es lo que más llamó su atención?
- F.S.J.- El arte árabe, mejor dicho, musulmán, porque no son propiamente árabes. Estuve en la escuela de Artesanías de Tetuán y quedé maravillado. Algo que me gustó mucho fue la poesía, los cantos y bailes.
- P.- Regresando a nuestro país, ¿qué piensa cuando escucha la palabra México?
- F.S.J.- México es un país extraordinario, muy rico en todos sentidos, en tradiciones, cultura, en recursos naturales y en comida. Creo que no hay ningún otro país con tanta riqueza gastronómica. Desgraciadamente, como decía un poema sobre España: “No has tenido más verdugo que el peso de tu corona”. Lo malo de México es que ha tenido muchos verdugos en su gobierno, y eso es, quizás, lo que ha estropeado su situación. Además creo en la grandeza del país, porque como diría López Portillo: “Nos han saqueado, nos siguen saqueando y todavía aguantamos”.
- P.- Ya que menciona la riqueza gastronómica, ¿tiene algún platillo predilecto?
- F.S.J.- Sí, claro, la lengua a la provenzal, que no es propiamente mexicano (ríe).

El maestro Felipe San José y la carrera de Letras

- P.- Maestro, de la carrera de Letras Hispánicas, ¿hay alguna generación que haya sido significativa para usted?
- F.S.J.- Muchas, muchas. No me acuerdo de los tiempos exactos, pero de los grupos... Recuerdo mucho el grupo en el que estuvo Lupita Montoya, Lucía García Amador, Teresita, Mariana Torres. Esa generación la tengo muy presente. Luego, más reciente, la generación de Itzel, Adán Brand y Aldo Ávila. Cómo no mencionar a la generación de Ilse Díaz, pero sobre todo me acuerdo mucho del grupo de Analú Topete, esa fue una generación muy numerosa e inolvidable.
- P.- ¿Alguna anécdota en especial?
- F.S.J.- Pues yo tengo muy presentes los viajes que hacíamos a los encuentros Cervantinos en Guanajuato, lo pasábamos muy bien. Convivíamos mucho, nos conocíamos, incluso bailábamos y hacíamos cosas divertidas.
- P.- ¿Le gusta bailar?
- F.S.J.- Muchísimo, bailo danzón, tango y lo que se ofrezca. Bueno, estas cosas muy actuales como el reggae y todo eso, no, porque no les encuentro el ritmo.

...nunca he coleccionado, me parece una actividad algo cansada. A veces he intentado reunir algunas cositas pero luego me fastidio y las deseche

P.- Siendo usted una persona tan preparada y culta, me surge una curiosidad: ¿colecciona algo, maestro?

F.S.J.- No, nunca he coleccionado, me parece una actividad algo cansada. A veces he intentado reunir algunas cositas pero luego me fastidio y las deseche.

P.- ¿Tiene algún color favorito?

F.S.J.- El azul, el color de la carrera de Letras.

P.- Tras su jubilación, ¿a qué se dedica?

F.S.J.- Bueno, sigo dando clases. Antes las daba con mucho gusto, pero ahora las doy ¡por puro gusto! También doy cursos de literatura e historia para señoras. Doy un curso de La Biblia sobre el Nuevo Testamento.

P.- ¿Extraña la carrera, maestro?

F.S.J.- Claro, como estudiante y también como maestro. Tengo muy gratos recuerdos de mi época de estudiante y luego de maestro. La carrera profesional es algo que no termina nunca.

P.- ¿Algún mensaje que quiera transmitir a nuestros lectores?

F.S.J.- Que lean, yo aprendí a leer muy pronto y luego me he dedicado a leer y a leer. La persona más culta que había en la Ciudad de México y que fue mi maestro de literatura mexicana, Juan José Arreola, presumía que no había terminado la primaria, y sin embargo, llegó a ser cultísimo gracias a la lectura. El hábito de la lectura es importantísimo en el desarrollo de cualquier ser humano.

...sigo dando clases. Antes las daba con mucho gusto, pero ahora las doy por puro gusto!

Fotografía: Mike Rojo



JORGE ÁVILA STORER.

25 años ESCRIBIENDO LA HISTORIA DE LETRAS HISPÁNICAS

ALEXIA CAJERO Y FAUSTO E. MÉNDEZ

Estudiantes de 3º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas

La carrera de Letras Hispánicas tiene sus orígenes antes de 1986, refiriéndonos con ello al diseño del plan de estudios y, por supuesto, la idea de su creación y su inserción en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

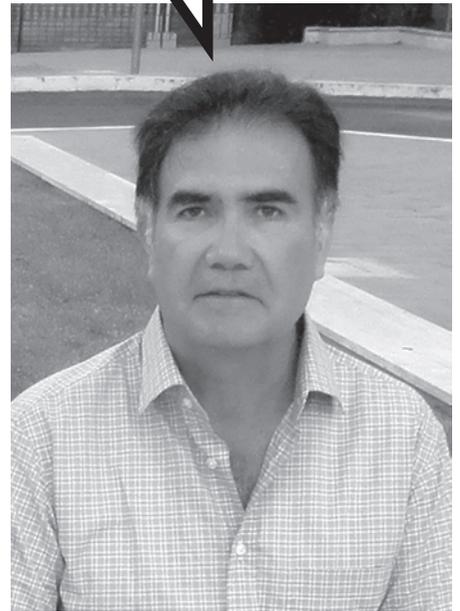
Dentro del Departamento de Letras contamos con uno de los más sólidos pilares de nuestra licenciatura: Jorge Ávila Storer. Nacido en la ciudad de Aguascalientes el día 19 de abril de 1953. Desde su infancia mostró interés por la literatura, ya que su familia era poseedora de una nada despreciable biblioteca. Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la UNAM, donde tuvo el gusto de conocer a personas tan ilustres como Fernando Savater; para después obtener su maestría en Literatura Hispanoamericana. Se ha desempeñado en diversos puestos, como: jefe de departamento, investigador, docente, titular del área de literatura y corresponsal de seminarios.

Entre sus publicaciones principales se encuentran: *La poesía de Desiderio Macías Silva en publicaciones periódicas*, *Literatura hispanoamericana*, *Introducción literaria: selección de textos*, *Compilación de textos de literatura europea*, las últimas tres en colaboración con la maestra Adelina Alcalá Gallegos.

E.- ¿Cómo inició el proyecto de la carrera de Letras Hispánicas?

J.A.S.- Cuando inició la carrera, lo que es el área estrictamente humanística no existía, pero sí estaba en el plan de desarrollo institucional. Una universidad sin humanidades, casi puede ser un tecnológico pero no una universidad. El proyecto inició hace aproximadamente veintiséis años, desde luego, las ideas vienen de tiempo atrás.

Era rector el licenciado Efrén González Cuéllar; el decano del Centro de Artes y Humanidades—como se llamaba en aquel entonces—, el maestro Felipe Martínez Rizo; y el que anduvo siempre metido en los aspectos de cultura en la universidad, y hasta la fecha, fue el doctor



Alfonso Pérez Romo, quien impulsó esto en buena medida y, siempre fue avalado por las autoridades, si no no se hubiera podido hacer nada.

El maestro Martínez Rizo estaba muy entusiasmado, también lo estaba el mismo rector. Un día, el decano nos dijo que se iba a abrir la carrera, coincidió con que había llegado el maestro Felipe San José; yo aún estaba estudiando el posgrado, aunque ya próximo a egresar. Martínez Rizo había tenido la oportunidad de contactar a un lingüista húngaro que en esos momentos trabajaba en la Universidad de Yucatán. Era Kalman Verebelyi, quien vino para iniciar la carrera. Nosotros iniciamos la misma.

Institucionalmente, en el diseño de un programa de estudios participan el decano y el jefe de departamento; no en este caso porque aún no estaban asignados los cargos. El maestro Felipe San José y yo fuimos parte de los diseñadores. Él tenía ideas muy lúcidas y a la vez españolas, que no eran muy aplicables a nuestro medio. Así que hicimos un plan de estudios muy en contacto con la realidad de las universidades mexicanas, aunque con mucho latín –como en las universidades de la Península Ibérica– y práctico para el promedio de los aspirantes. Presentaba ciertas semejanzas con el de la UNAM, por razones naturales. El mismo se echó a andar un día de agosto de 1986, hace veinticinco años, y empezó a funcionar de una manera bianual. En aquel entonces no se podía sostener una inscripción anual, debido a la situación de aquella ciudad que a ustedes ya no les tocó conocer.

Al principio hubo conflictos y dificultades. La carrera adquirió casi un tono bohemio porque buena parte de los que se inscribieron pensó que íbamos a formar escritores. No había tradición. Actualmente los alumnos ya saben a qué vienen, pero en aquellos momentos no, y eso generó problemas. Hubo crisis, llegó un momento muy difícil en la carrera, porque teníamos muy pocos alumnos, y bueno, tomamos cartas en el asunto y pronto se resolvió aquello. Luego otro problema fue que soñábamos a los alumnos y ellos a nosotros, porque les dábamos dos o tres materias por semestre; por muy genial que seas –que ni lo éramos tanto–, las cosas se complican mucho. No es posible, desde el punto de vista didáctico, dar tantas clases, empezando porque no las dominas todas.

Posteriormente se fue el lingüista húngaro, nos quedamos dos profesores, y empezamos a invitar gente de muchos lados. Numerosos maestros fueron invitados. Se conseguían maestros muy buenos, pero esto complicaba la administración de la carrera. Así empezó a crecer la planta docente. Ahora ustedes cuentan con una planta de veintitantos profesores aunque aún no tenemos tantos de tiempo completo como quisiéramos, pero ahora ya hay suficiente planta: maestros de tiempo completo, medio tiempo, maestros del sistema nacional de investigadores, entre otros.

Poco antes de que nuestra carrera cambiara de Centro, los CIEES, los comités evaluadores, la calificaron como la mejor del centro de Ciencias Sociales y Humanidades en lo que respecta al sector alumnos.

E.- ¿Quiénes son los precursores de este proyecto?

J.A.S.- Por medio de mi hermano Antonio, me contactó el doctor Alfonso Pérez Romo, que ya me había invitado a colaborar en una ocasión ante-

rior, pero yo aún no estaba en condiciones de volver. Se recibió un gran apoyo del licenciado Martínez Rizo, así como del licenciado Efrén González Cuéllar, pero el que tenía la idea desde mucho antes fue el doctor Pérez Romo, aunque si alguno de ellos no hubiera participado entonces esto no habría funcionado; luego nos tocó todo el trabajo al maestro Felipe San José y a mí.

E.- ¿Cómo fue construyéndose el proyecto?

J.A.S.- Se sabía que era necesaria la carrera. Era una necesidad colectiva de la sociedad misma, sólo que había que ir por pasos. Lo primero, como en todos lados, fue crear medicina, y ya nos tocó luego a nosotros. Era importante. Existía esa necesidad que ya se contemplaba en el ideario de nuestra universidad. Había un procedimiento que regía el diseño de las carreras: *ex officio*, en el cual participan los decanos, que llevan las pautas de los centros, participa el jefe de departamento y se seleccionan las personas que se supone tienen experiencia y conocimiento del campo. Son estos últimos los que realmente diseñan el proyecto en colaboración con el jefe de departamento.

Fue así como nos pusimos a trabajar el maestro San José y yo; era nuestro jefe de departamento el maestro Amador Gutiérrez Gallo. Él nos coordinó, nos dejó hacer y deshacer muchas cosas y siempre nos apoyó; nos instruyó en muchos asuntos que no sabíamos respecto a los procedimientos; siempre estuvo muy cerca de nosotros. Así se hizo el proyecto atendiendo a las necesidades de la UAA.

E.- ¿Fue fácil consolidar el proyecto?

J.A.S.- No, definitivamente no. La carrera, que ahora sí tiene una demanda importante de alumnos, al principio no tenía el prestigio con el que cuentan la de Veracruz, de la UDG o Guanajuato. Y bueno, los líos con los papás, que hasta la fecha se dan: “Ay, ¿de qué va a vivir mi hijo?” Ustedes ya lo saben. Son estos tipos de problemas los que no permitían el crecimiento. Se llegó a rumorar, e incluso a plantear, la posibilidad de cerrar la carrera porque tenía muy pocos alumnos, pero por suerte ese mismo año se empezó a incrementar la demanda, y aunque el desarrollo fue muy complicado y lento, ya les toca a ustedes una escuela más tranquila y con más personal.

Otro de los problemas fue la planta docente. Año tras año convocamos plazas una y otra vez, pues no se ocupaban. Los maestros de un mayor nivel radicaban mayormente en el Distrito Federal, y de ahí ya no los sacábamos. A nuestros egresados, los más brillantes por supuesto, en especial de las primeras generaciones, nos los fuimos jalando, así también a varios más. Tuvimos una maestría y aún así hubo áreas difíciles de consolidar. Recientemente la planta se incrementó en este ámbito, al llegar dos doctoras de México. En los próximos meses se integrarán egresados que se fueron a la UNAM a estudiar el posgrado y están a punto de terminar.

E.- ¿Qué expectativas se tenían de los alumnos que ingresaron por primera vez a Letras?

J.A.S.- Hay una expectativa que se traduce en un perfil de ingreso, y en el primer plan de estudios esperábamos a un alumno al que se le facilitara la escritura, un alumno al que se le gustara leer, investigar, y estuviera

preocupado por la colectividad. Éste era el tipo de alumno que esperábamos. A diferencia de otras carreras donde llegaban alrededor de quinientas solicitudes, a nosotros nos llegaron menos de treinta, aunque la mayoría de buen nivel.

Por el otro lado, al principio la carrera no cubría las expectativas de los alumnos por la carga académica bastante pesada que se les daba al inicio. Con el tiempo todo eso se fue adecuando, incluso después inventamos los talleres de creación para los que tuvieran habilidad para escribir la desarrollaran y así fuimos viendo varias cosas. Cuando se inscribió la primera generación aún estábamos muy “verdes” en ese aspecto.

E.- ¿Con cuántos alumnos empezó la carrera?

J.A.S.- Miren, empezó –lo curioso–, con muchos. Yo creo que como unos veintitantos; bueno, muchos en aquel tiempo. Ahora hay más y creo que eso ya es muy normal; sin embargo, hubo mucha deserción en lo que fueron la primera, la segunda y la tercera; muy especialmente en la primera. Este problema fue uno de los factores que influyó en las modificaciones que hicimos a los primeros planes de estudios. Los primeros cinco años fueron los más difíciles, el porcentaje de deserción era muy alto; en la primera generación de más de veinte egresaban cuatro. Hoy en día sigue habiendo deserción, pero como en todas las carreras, no mucha; varía de un año a otro.

E.- Desde su perspectiva como maestro, como colega, ¿cómo ve a los egresados de la carrera?

J.A.S.- Creo que bien. Nos ha dado mucho gusto que a través de los años, tenemos y hemos tenido egresados en Francia, Estados Unidos, España, Inglaterra y una alumna en Alemania. Además, muchos egresados están o han pasado por los posgrados de la UNAM. Todos se han desempeñado con muy buen éxito. Es por este tipo de alumnos que los CIEES dijeron que teníamos la mejor carrera del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, cuando estábamos en ese Centro. Por supuesto, son alumnos que son buenos e inclusive los “empleadores” –quienes los han contratado–, dijeron que los egresados de Letras no sólo resolvían los problemas referentes a su trabajo, sino que resolvían también cosas que iban más allá de sus obligaciones. Tenemos también un porcentaje alto de funcionarios, y con base en esto considero que la carrera ha cumplido con muchas de sus expectativas.

E.- ¿Se han cumplido las expectativas que tenían al inicio de la carrera?

J.A.S.- No, definitivamente no. De hecho con el paso del tiempo aprendes que las que se marcaron al inicio son expectativas ideales; muchas de ellas se van aplazando: Sin embargo, por otra parte, se van realizando cosas muy importantes e inesperadas que no corresponden a ninguna de las expectativas iniciales, pero fueron surgiendo conforme crecía y se desarrollaba la carrera; entre estas últimas encontramos las de aquellos exalumnos que se posgraduaron en Inglaterra o están a punto de doctorarse en algún país europeo. Algunos de ellos obtuvieron sus grados en áreas profesionales que ni siquiera conocíamos cuando empezó la carrera.

E.- ¿Cree que la creación de la carrera ha contribuido a la cultura en Aguascalientes?

J.A.S.- Sí, definitivamente sí. Contamos como uno de los logros que no hemos generado desempleados. Esto quiere decir que nuestros egresados han impactado en la colectividad. Se han ido abriendo y especializando nuevos campos de trabajo gracias a la carrera: la investigación, la docencia, el mundo editorial, etcétera. Pronto tendremos un Centro de Escritura. Eso es reflejo que tenemos un buen plan de estudios, adecuado a las necesidades de la colectividad y adecuado al desarrollo de la misma.

Además, la carrera tiene nombre. Un ejemplo es que tuvimos un egresado –no digo su nombre– muy inteligente, aunque, contradictoriamente, muy vago, pero bien formado desde la perspectiva académica. No le alcanzaba el promedio para entrar a un posgrado reconocido por CONACYT, sin embargo, lo aceptaron por ser egresado de nuestra licenciatura y, por supuesto, por el buen trabajo que hizo en los exámenes de admisión; es decir, la carrera es reconocida. Como ya lo he dicho: tiene nombre y apellido. El número de solicitantes aumenta cada año, lo cual, quiere decir que la imagen de las letras ha cambiado en nuestra ciudad, y esto se debe a la presencia de la carrera.

E.- ¿Cuáles son los retos que enfrenta actualmente la carrera?

J.A.S.- Yo creo que uno de nuestros retos principales es mejorar la calidad. En el nivel docente tenemos una planta grande, pero no lo suficiente. La misma deberá crecer pronto. Por otro lado, debemos tener posgrados, cosa que ya se está desarrollando. En éstos, los estudiantes estarán ligados a la investigación de su campo y serán mejores docentes. A partir de lo anterior podremos mejorar la calidad de nuestra licenciatura y la calidad de la investigación en el departamento.

E.- Por último, ¿algún mensaje que tenga para los alumnos de Letras Hispánicas que estamos viviendo los veinticinco años y para aquellos que formarán esta generación?

J.A.S.- Una cosa muy simple, que cumplan bien con lo que les toca, que gocen la carrera, es muy bonita, aunque a veces también es muy pesada, pero ni modo. Ser buenos profesionistas no tiene ni puede tener otro camino. Si cada uno de nosotros cumple con lo que le toca hacer, la carrera va a crecer más y mejor.

Un agradecimiento especial al maestro Jorge Ávila Storer por concedernos la entrevista, y un agradecimiento mayor por su colaboración y trabajo en la construcción de un futuro para los jóvenes de Aguascalientes interesados en el estudio de la palabra escrita. Para él y toda nuestra comunidad universitaria, muchas felicidades y enhorabuena por escoger este camino.

A stylized graphic of a document with perforated edges, set against a dark background. The document is tilted and features a large, light-colored 'V' watermark. The word 'Memorias' is printed on the right side of the document.

Memorias

EL LETRERO TODO LO PUEDE

JORGE TERRONES

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Maestro de la Licenciatura en Ciencias del Arte y Gestión Cultural

1

En los cafés los escritores antiacadémicos vociferan: “los de letras no saben, qué caray, de literatura. Nosotros, sí. De academia, no”. Las lindas criaturitas se confunden por el retruécano –que ignoran, porque eso es cosa de la retórica; y ésta es del diablo–. Y, con todo, qué lindos, van y dan sus talleres difundiendo la palabra –porque hay que forjarla y respirarla y transpirarla– sin instrumentos de análisis.

Dejemos la faramalla: escritor que es ciego ante la academia no ve más allá de su pluma –porque seguro escriben a mano: ay, estos tiempos–. Caso contrario: escritor que valora la formación universitaria, es un tipo sensato.

Sentencia repetida una y otra vez: el escritor no necesita, en sentido estricto, transitar por letras hispánicas, inglesas o francesas para convertirse en un profesional de la escritura. Seguramente quien defienda lo anterior dirá: ¡Eliot fue banquero!, ¡Arreola no acabó la primaria!, ¡Bukowski nada más bebió!

Si bien hemos tenido genios –ojo en la palabra– que no han precisado de una formación universitaria en letras, no por eso hay que menoscabar a los que sí son letreros y escritores. ¿Por qué? Seamos sangrones por un momento: estamos mejor preparados.

2

En cierta ocasión el maestro Felipe San José dijo –palabras más, palabras menos–: “los de letras somos los únicos que sabemos qué significa lo que estamos diciendo”. No pronunció lo anterior, digamos, con ánimo de guardián de las vocales y consonantes, sino que, me parece, se refería a que estamos facultados para aterrizar, de manera precisa, a la palabra indicada en el espacio adecuado. Pues bien, creo que nuestro profesor no se equivocó.

3

Es el cumpleaños de la carrera de Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Frase –trillada, pero cierta– que seguramente se usará a lo largo del festejo: “25 años se dicen fácil”. Tan sencillo que cuesta un poco

caer en cuenta que el tiempo me ha arrojado, ahora, como egresado de dicha licenciatura: no hace mucho era un estudiante más.

Podría hablar de la Universidad Autónoma de Aguascalientes y de las valiosas aportaciones de sus dirigentes, del personal administrativo, de San José, de Storer. Y, sin embargo, prefiero hablar, *grosso modo*, de por qué considero la carrera como una buena oportunidad de desarrollo intelectual.

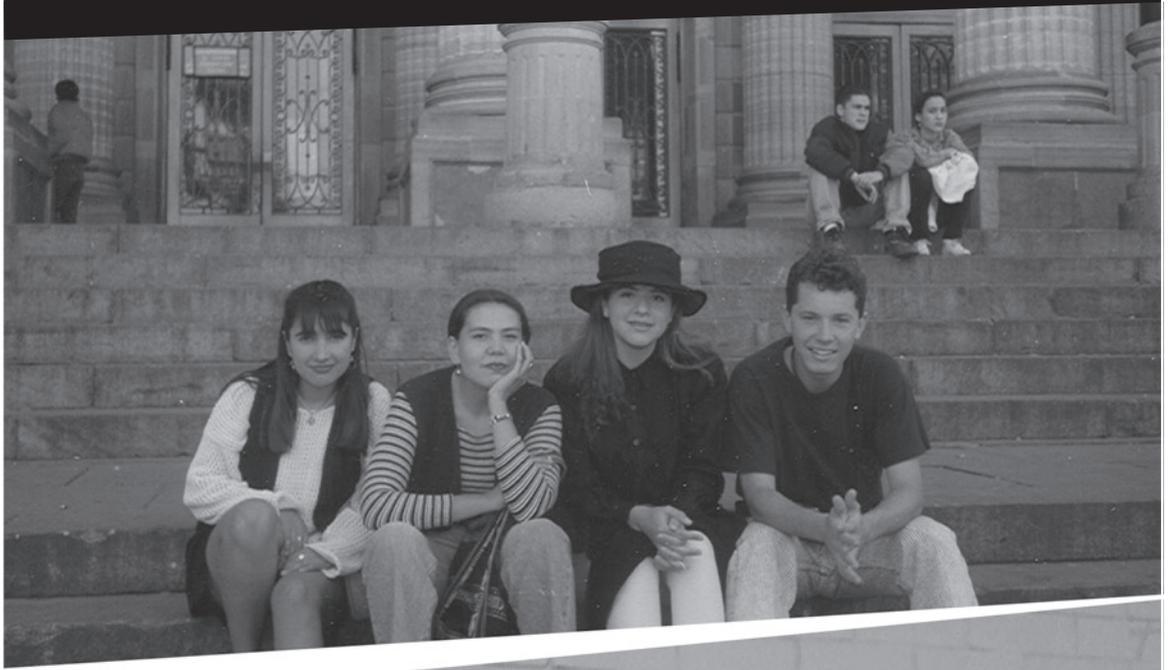
Detalle que, acaso, pocos toman en cuenta cuando ingresan: el letrado lo puede todo. Sí. Supongamos que algún recién titulado comienza a buscar trabajo. El perfil –del letrado– a veces no corresponde con la oportunidad que se presenta –el trabajo–, entonces, el egresado debe decidir qué tomar del bufet: clases de historia, geografía, español, gestión, arte. Salvo ciertas excepciones, en general, el letrado puede impartir varias asignaturas sin grandes problemas. Razón: muchas materias consisten en leer, interpretar y hablar.

Supongamos de nuevo: el letrado va por el mundo y se topa con que tiene que dar la clase de “historia del lejano oriente”. El letrado no es de por allá, no tiene ojos rasgados, sabe de Mishima y de *Karate Kid*, conoce a Kurosawa y a Tong Po. Es decir: es un perfecto incompetente para la materia. ¿Qué ocurre? Compra –o baja de internet– un libro. Lo lee. Le aburre pero lo mastica. Le fastidia pero lo digiere. Cuando llega el momento de pararse frente al grupo, interpreta lo leído y lo explica. No hay mucha ciencia.

4

Está claro que Letras Hispánicas no forma, tal cual, escritores; sin embargo, sí que ayuda a la profesión. Que ingrese gente que no quiera ser escritor –de ficción, pues– está muy bien, no obstante, el petitorio mínimo es el siguiente: debe saber escribir y leer en condiciones. Y por ese detalle, lo siento, el letrado lo puede todo. ¿Que no le satisface la conclusión porque usted es de otra carrera? Perfecto. Escriba su texto. A ver.





La generación DEL 25

JULIO OSCAR RASCÓN ZARAGOZA

Primer presidente de la sociedad de alumnos de la Licenciatura en Letras Hispánicas
Maestro del Centro de Educación Media de la Universidad Autónoma de Aguascalientes

En el año de 1999, después de haber llevado a cabo un proceso de inscripción, estaba en un salón de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, junto con un grupo de jóvenes ingresando a la carrera de Letras Hispánicas. En aquel entonces no estaba muy seguro de qué esperar, la carrera me ofrecía un panorama amplio que podía aprovechar, pero en realidad nunca imaginé las grandes satisfacciones y logros que conseguiría en esa etapa tan importante de mi vida.

Algunos meses después fui conociendo a mis compañeros y maestros, a los cuales agradezco infinitamente su apoyo y entrega. En verdad esta generación y, en especial, el grupo (al cual llamaré *Generación del 25*) crearon una unión que marcaría definitivamente un cambio significativo para la carrera de Letras.

El interés compartido por las materias, las participaciones constantes en los eventos académicos, el número significativo de alumnos que permanecía durante el transcurso de la carrera, fueron algunas de las características que definieron a este grupo.

Recuerdo los constantes viajes académicos realizados a otros estados de la República, en los que la motivación era la sed de conocimientos relacionados con la literatura y la lingüística, la cultura en general, y por supuesto la convivencia entre los compañeros y maestros, que generaron experiencias que jamás habremos de olvidar.

El primer viaje que recuerdo fue el que hicimos a la Ciudad de México, a donde fuimos a visitar los museos de la ciudad. También fuimos a la ciudad de Jalapa, al Congreso Internacional de Nicolás Guillén, a los coloquios cervantinos en Guanajuato, al Archivo Histórico de Morelia, y al Primer Encuentro Nacional de Estudiantes de Lengua y Literatura en Puebla.

Sin duda alguna, un signo distintivo de la generación fue haber creado la primera sociedad de alumnos de Letras Hispánicas, a través de la cual se instituyeron las semanas culturales de Letras –participó en la organización de las dos primeras–, lo cual serviría de antesala para ser la sede del Segundo Encuentro Nacional de Estudiantes de Lengua y Literatura. Hoy puedo decir con orgullo y satisfacción que los que integramos la Generación del 25 contribuimos sustancialmente en la historia de la carrera y que a 25 años de su fundación compartimos el gusto y la algarabía por formar parte de tan honorable licenciatura.

Muchas felicidades a nuestros maestros, a mis compañeros de generación, a los alumnos que están formando parte ya de la carrera y a los que están por ingresar.

Larga vida a la licenciatura en Letras Hispánicas.

Texto dedicado a la memoria de nuestra compañera
y amiga Lirio Robles García, q.e.p.d.



Los efectos pueden variar

José Pérez

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas

1. Vine a la licenciatura en Letras Hispánicas porque de niño quería ser escritor y mi promedio general no me daba para entrar a Psicología. Fue la primera vez que cometí lo que yo llamo un error afortunado. Así, ojalá esta introducción, además de ser una confesión –que para quienes me conocen resultará evidente, e innecesaria para quienes no– se salve de ser un mero punto de partida, pues debo confesar que he aprendido a saltarme el término íncipit para bautizar un comienzo (aunque sea satírico) –en el caso de ser yo el que narra y no el que analiza–, quizá porque creo en los errores afortunados, quizá porque a estas alturas ya no soy capaz de creer en nada más.

Escribí mi primer cuento en segundo de primaria, fue una tarea que, además de emocionar fugazmente a mi familia, me permitió responder a la siempre extraña pregunta de “¿qué quieres ser de grande?” con una aún más extraña respuesta: “escritor”, mentiría si dijera que pasé toda mi vida pensando en el asunto. Para la prepa, yo estaba absolutamente sumergido en el mundo platane-ro, subtropical y asexuado en el que los vampiritos de Anne Rice suelen bucear con cara de que los esculpió Miguel Ángel; los pulposos y reprimidos dioses arcanos de Lovecraft; y por supuesto, toda la imaginería diabólica y doméstica que Stephen King fue capaz de extraer de su cotidianidad de gringo popero. Mi primer cuento descansaba ya en el interior de la panza hirsuta de una saludable rata con al menos una década de muerta, y en algún momento tuve que decidir a qué inscribirme.

Para lo único que había sido bueno durante toda mi vida era para inventarme tonterías para pasar el tiempo y, por supuesto, chacotear con quien se me parara en frente. Consideré muy seriamente (bueno, tan seriamente como pude) intentar Psicología, pero luego lo recordé: yo de mocosito quería ser escritor y había seguido escribiendo bodrios durante toda mi vida (una novela llamada *Das Blut Stadt*, y varias ideas y cuentos incompletos). Ajá, sí: ¿qué tal Letras? Mi papá me asaltó con la pregunta a la que cualquier egresado se acostumbra: “¿de qué te vas a mantener?”. En cuanto a mi mamá, recordó que de niño yo quería ser escritor: “te ha gustado leer y escribir pendejadas toda tu vida, si eso es lo que quieres, vas”.

2. A un año de ser aceptado ya tenía muy claro que esta carrera no era para escritores. Fueron, seguramente, mis habilidades deductivas las que me permitieron llegar a dicha conjetura, y puede que influyera la voz del maestro Ávila Storer diciéndonos el primer día de clases: “en esta carrera no formamos escritores, si eso es lo que quieren, búsqúenle por otro lado porque aquí lo que formamos son especialistas en la lengua y la literatura”. Gulp.

¿Recuerdas aquel asunto de los errores afortunados? Ah, pues digamos que en esta temporada cometí suficientes: reprobé el número necesario de materias para acabar fuera de la generación con la que comencé, dejé de escribir no solamente trabajos para la carrera sino en general y además a mi ahora esposa y a mí se nos ocurrió la brillante idea de probar suerte como padres. Abreviemos: fue una noche espantosamente larga, y sí, estuve a nada de jamás volver a un salón de universidad.

Una de mis preguntas favoritas surge de aquí: ¿por qué fue que decidí volver? La respuesta corta es sencilla: no tenía nada más; la larga involucra un par de charlas, la primera proveniente de un tipo llamado Marius, compañero de la generación con la que tuve que titularme. Estaba abrumado por la futura responsabilidad como padre, mi fracaso académico y mi completa ausencia de perspectiva laboral. “¿Qué voy a hacer, Marius?”, pregunté. El muy cretino se sentó derecho, se limpió las gafas y me cambió la vida: “La verdad es que no tengo ni puta idea, pero sí sé que aquí tirado en una jardinera no vas a hacer nada”.

La segunda charla involucra a Norma: “En nuestra familia no nos rendimos, vas a regresar y vas a titularte”. No, no tengo ni la menor idea de cómo fue que lo logré, y recordar eso todavía me hace sentir como uno de los cretinos más afortunados que hubiera tenido el honor de estrellarse de cara contra el proceso de formación que la carrera operó en mí.

3. Jorge, bebiendo café y fumando afuera del salón de clases, mirando la gente por el andador y los árboles bailando con ese viento que sólo nace después de julio. El sándwich como recortado de un anuncio de pan Bimbo que César siempre llevaba, el mundo vertido en sus trazos, corriendo por el interior de cada uno de sus cuadernos. Poemínimos sobre el estructuralismo escritos a cuatro manos en una laptop, un ensayo sobre una corriente modernista e inexplorada: el itzelismo (manifiesto incluido). Cuentos violentos escritos por una niña violenta. Un bibliotecario risueño que a veces usaba máscara de luchador. El siguiente concurso de calaveras, poesía, literatura, teatro, que Rodrigo seguramente ganó. El tono maternal y rebelde resultante de un coro de voces femeninas preguntando por el próximo trabajo a entregar, si el maestro llegaría, si tenías las copias, si sacaste el libro. El inexplicable horror que Dayanara le tenía a su enorme talento. Alejandra Bon silbando el pedazo de una rola de Depeche Mode; Adán desviando una clase completa por una duda terrible sobre las oraciones subordinadas circunstanciales de tiempo.

Transitaba de una realidad a otra: por las noches no era nada más que un recepcionista estresado adentro del cubículo de atención de urgencias en el hospital del ISSSTE: fracturas expuestas, un mundo dibujado con batas blancas y cofias y sondas y sueros y el llanto de niños con fiebre, un largo pasillo iluminado con luces de neón; un muerto, dos muertos, tres muertos; nombres, direcciones, teléfonos, RFC; derechohabientes enojados preguntándote si tienes ética, si tienes corazón, si tienes madre, si su hermano está bien, si su tía ya despertó, si el doctor ya revisó a su abuela. Dramatizo un poco. En realidad ningún trabajo es tan malo. Éste tenía sus ventajas: me daba un sueldo y una mañana libre, aunque tuviera que caminarla desvelado y a veces con el interior del cráneo batido.

Por las mañanas un litro de café sin azúcar y la mitad de un sándwich. Retomar la otra parte de mi vida: fotocopias, discusiones, argumentación, análisis, ensayos con aparato crítico, funciones de Prop, estructuralismo, estilística, teoría de la recepción, fonemas y lexemas, el contexto histórico de *Los de abajo* y la voz del maestro San José diciendo “dixo Patronio”. Habré olvidado muchos de los detalles de Español Superior II, pero jamás olvidaré qué significa “mesar la barba” ni el ¿recuerdas?/*remember*? que da vueltas y vueltas arriba del extraño carrusel que Salvador Elizondo levantó para sugerir que quizás sólo seamos el sueño de alguno de los presentes que está a punto de despertarse o quizás seamos los personajes de una fotografía en un recorte de periódico. ¿Y qué carajo era aquella cosa que alguien levantaba sobre la playa? ¿Hubiera sido defendible la idea de que *Pedro Páramo* era una historia de zombis?

4. Tuve la oportunidad de formar parte del consejo editorial de *Migala*, el proyecto editorial de la carrera con el que podías hacer tu servicio social, sucesora de un proyecto con mayores expectativas, y antepasada de la revista que en este momento te encuentras leyendo. Éramos cuatro tíos y una tía. Los textos no abundaban, las ilustraciones las hicieron entre mi esposa y Adriana Consuelo Márquez, una amiga que entonces estudiaba Diseño Gráfico. Cada uno de los volúmenes tenía un tema central, el cuerpo de la mayoría de los números se armó en Word 97 –en serio, no preguntes– y el resultado final era fotocopiado. Imprimíamos entre cincuenta y cien copias de cada número, lo distribuíamos nosotros mismos y al menos a mí me encantaba.

De aquel tiempo data el único acercamiento que tuve con Rodrigo Saláis Madariaga. Él se encargaba de la corrección de estilo de cada uno de los textos publicados y con ese pretexto pasamos varias tardes platicando en mi estudio. Hablábamos sobre la forma en que a uno se le juntan los borradores de textos no terminados, de si pensábamos dedicar nuestra vida a corregir textos o ser maestros de literatura y de la viabilidad del ridículo por medio de la hipnosis. Cuando corregía el número cuatro o cinco, olvidó unos enormes *goggles* de ciclista que siempre llevaba consigo (y que llamaba sus leperóculos) y ya nunca volvió por ellos.

Tengo copias de todos los números de la *Migala*, excepto del último: el número que está dedicado a él y a su obra, con dibujos de César Villalobos. Marius y yo cedimos las últimas copias de ese número a su mamá, en el evento conmemorativo que realizamos en su memoria.

5. Pasé el seminario de tesina el último día hábil de clases del último semestre. Estuve reprobado durante todo el curso, atrapado en el marco teórico. Dime marco teórico y mírame temblar. Simplemente no conseguía salir de ahí. Entregaba una nueva versión y recibía la amable sugerencia de volverlo a escribir. Ese día el resto de la clase no atendió. Como bien era costumbre, para ese momento la mayoría sabía ya si había pasado el curso o no, y los programas de clases se habían agotado. Sólo estaba yo, el maestro y Terrones.

Última oportunidad: comencé a leer y a menos de una cuartilla de lectura en voz alta escuché risas delante de mí. Me detuve un momento, tragué saliva, apreté los dientes, continué leyendo. Un par de minutos después, el maestro me interrumpió: ya está bien, me dijo; parece que ya terminó el marco teórico, sígale con lo demás. Nos restaban un par de semanas para entregar la versión final. Jamás me sentí más satisfecho de una calificación de ocho, no existe un documento en mi vida que tenga más horror de volver a hojear.

Una antología de cuentos publicada en el ICA, un título de licenciatura y algunos años después, siento como si comprendiera. Marius tenía razón aquella tarde, me iba a ser casi imposible dedicarme a la literatura con la urgencia que provocan las necesidades de una familia propia, y no, la carrera no forma escritores, la carrera forma, así, a secas. Me parece que la universidad hace o debe hacer únicamente eso en cualquiera de las licenciaturas que ofrece, pues no sólo abre delante de ti un panorama abrumador sobre todo lo que ignoras en el mundo, sino que te brinda la oportunidad de templarte y alcanzar un carácter muy distinto al que tenías cuando te paraste ahí por primera vez. Justo lo que necesitas para dedicarte a intentar cosas imposibles durante toda tu vida.



CUBO Instantáneo

JOEL GRIJALVA

Egresado y maestro de la Licenciatura en Letras Hispánicas

*Cuando se acerca el fin,
ya no quedan imágenes del recuerdo;
sólo quedan palabras.*
“El inmortal”, J.L. Borges

L. La línea matemática no existe, ni el plano, ni siquiera el cubo. Sin duración, los objetos no son reales. Nuestra imagen actual no es más que una proyección tridimensional de nuestra existencia en cuatro dimensiones. Si el tiempo no es más que espacio, debe existir alguna manera de movernos libremente por él, avanzar o retroceder a nuestro antojo. El Viajero del Tiempo cree con entusiasmo que podemos escapar del presente. Ofrece como prueba el desplazamiento de nuestra existencia mental desde el nacimiento hasta la tumba. Ante la objeción del psicólogo: “no puedes moverte de aquí para allá en el tiempo”, el viajero esgrime la memoria. Recordar vívidamente es regresar.

Si H.G. Wells tiene razón, así sea razón literaria, la vida como sucesión de momentos no es más que una ilusión. Los instantes no se acomodan unos detrás de otros, son fragmentos simultáneos de un todo que la conciencia nos obliga a ver como recorrido.

Así, mi primera caída de la bicicleta y mi primer Hulk de plástico; los abrazos de mi madre, los de mi padre; la sonrisa de mi hermana y los épicos pleitos a chocomilkazos; escapar de casa y volver –una y otra vez–; la novela que terminé de leer y el artículo que escribí; los gritos, las hamburguesas, el llanto y las quesadillas; todas las películas y los poemas; las clases recibidas y las impartidas; coger y escuchar música; los viajes y los primeros días de clase; la depresión y el orgasmo; la felicidad y la posibilidad de la muerte; no ocurren, son. Ayer, ahora y mañana, por primera vez, he caminado a casa de mi abuela otra vez solo; mi nacimiento será exitoso gracias a mi hijo, que nacerá dentro de diez años. Soy un niño y un viejo, un adulto que toma decisiones estúpidas y un adolescente feliz porque ella sonríe. Soy un esposo imbécil, un novio enamorado, un solitario y un adicto a la compañía. Soy un resentido alumno de primaria y un flojo secundario con suerte y un borracho de preparatoria y un *nerd* en la maestría. Y un dichoso estudiante de Letras.

II • A mucha gente le resulta natural que un joven se matricule en Administración o Derecho, nunca hay azoro cuando alguien anuncia que será ingeniero. Pero decir que uno será filósofo o letrado tiene como consecuencia una inusual elevación de cejas por parte de quien escucha. Y, peor aún, no falta quién necesite aclaraciones, el espíritu del detective se apodera del público: qué profundo trauma motivará a este extravagante, qué defecto congénito lo ha catapultado a las filas de los desocupados.

Mi primer recuerdo como estudiante de Letras Hispánicas es el momento en que decidí que entraría a la carrera porque sí y nada más. Seguramente no fue una conclusión a la que llegué antes de inscribirme, quizá ni siquiera durante el transcurso de la licenciatura. Lo más probable es que haya elegido esa razón unos años después de graduarme. Pero esto no la invalida como la verdadera. Así que por eso entré, nomás porque sí. Letras me parece –y aquí el tiempo presente es duratísimo– la disciplina natural, excéntricos me resultan quienes dedican su vida a la eficacia y la eficiencia, quienes hacen de las leyes –medios de convivencia– el centro de su vida, quienes se apasionan por hacer edificios cada vez más altos, más grises y más inútiles. La administración de empresas es un vacío decorado de necedades que se ha apoderado del mundo, los abogados se olvidaron de leer y escribir y pronto olvidarán pensar, los ingenieros entienden a los individuos como piezas de mármol y las relaciones humanas como un efectivo pegazulejos. ¿Y nadie les pregunta por qué se les ocurrió estudiar eso?

III • Supuse en algún momento que las artes y la literatura salvarían al mundo. Sé que no es así, pero me gusta seguir suponiéndolo. Las guerras no terminan gracias a los poetas, la violencia no disminuye porque pintemos o hagamos música. Quienes estudiamos novelas y cuentos, esculturas y películas, no hemos abatido el hambre en Senegal. Pero supongamos que sí. Mientras leía *El Cid* o aprendía a no odiar a Feijoo, cuando en la clase de Literatura Española degustamos el indigesto siglo XVIII o cuando por fin comprendí a qué se refería la equipolencia en fonética, casi no contribuí a la destrucción del planeta. La terrible muerte del Comendador a manos de los habitantes de Fuente Ovejuna me pareció divertidísima y de alguna manera, junto al Quijote, contribuyó para que no saliera a las calles a desfacer entuertos por mi propia mano, o peor todavía, a hacerlos.

Pero la literatura no es eso –o no solamente y, por supuesto, no principalmente–, no es un medio, no está ahí para mostrarnos el camino, ni para servir como espejo. Leer literatura no es una forma de llegar a algo, es una meta. Eso me quedó claro cuando, de madrugada en algún semestre de cuyo número no quiero acordarme, sufría por terminar un ensayo. Apenas había terminado de leer el texto que analizaría –imaginemos, inventemos o recordemos que era

Pedro Páramo o *Las batallas en el desierto*, quizá *Viaje a la semilla* o *Rayuela*, aunque seguramente fue “El inmortal”— y maldecía al universo, ¿qué hacía yo a las cinco de la mañana obsesionado con las peculiaridades de un narrador ficticio?, ¿qué ganaba con eso? La respuesta —que probablemente surgió en ese momento, o cuando la niña del kínder me besó, o cuando compré mi primer CD, o dentro de seis años, cuando lea esto y quiera quemar todos los ejemplares— resuelve, quizá para mí solamente, cualquier duda sobre la profesión de letrado: hago por obligación lo que de todos modos haría por gusto, después de eso, nada para mí es obligatorio.

IV. ¿Recuerdas? Debo hacer memoria, dicen. Recuerdo la primera clase a la que asistí. Llegué un semestre después y el grupo ya era tal, veían una película en un salón oscuro y nadie volteó a verme. Recuerdo la primera clase en la que participé. Una compañera hablaba de los demostrativos y se dirigía al cataclismo, todo lo confundió. Y recuerdo que podía ir en bermudas a clase, llegar en bicicleta hasta el salón, simular con ella que éramos un par de piedras para ocultarnos del profesor de Latín. También que todos veían MTV. Y el explosivo idilio entre la chica que dio una clase de cómo se utilizaba el condón y la señora que apeló a los santos y a los profesores para que condenaran a la impía al infierno, mientras la chica, plátano y látex en mano, sólo sonreía. Supongo que tengo que recordar a Barthes y a Eco, a Fuentes, a Paz, a Villaurrutia, y a Borges, y a Piglia, y a Quevedo. Pero prefiero llamar a la conciencia al Coloquio Cervantino y a los maestros que bailaban en la *Dama de las Camelias*. Elijo las lecturas fuera del salón, los viajes a Real de Catorce y Guanajuato, juntarnos en el cubículo de Sol a cazar la cafetera del protector de pantalla, o ir al de Jorge Ávila a rescatar nuestros trabajos entre libros y más trabajos. Y quiero recordarla a ella, el más grande amor de mi vida.

Sin duración nada existe, sin memoria no sería un hombre sino un cubo instantáneo.









Reseñas

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

De minotauros Y MUJERES QUE DUERMEN

SERGIO MARTÍNEZ MEDINA

Estudiante de 7º semestre
de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Ilse Díaz, *De minotauros y mujeres que duermen*, Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 2010.



Comprender una mitología es entender a una sociedad a través de sus miedos, esperanzas, valores, encarnados todos ellos en dioses y monstruos. Mientras mejor conozcamos a éstos, más conoceremos a las sociedades que los han parido. Los vikingos encarnaron en los enanos las brisas que corrían por las montañas; con los *drakkars*, los dragones tallados en sus barcos, creían tener protección en contra de los espíritus del mar. Thor caminaba por encima de las nubes; a sus pasos los llamaron los rayos.

Así, *De minotauros y mujeres que duermen*, título de la primera colección de cuentos de Ilse Díaz, nos enmarca en esta estela de lo pasado –jamás como sinónimo de caduco–. Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, ganadora del concurso “Primera Obra” en 2010. Lo primero que percibe el lector al iniciar la lectura es una disociación completa de los géneros. No bien empezamos a leer un cuento, cuando nos percatamos de los versos; cuando creemos leer un poema, descubrimos, como intrusa, la narración ahí insertada, desde el principio recordándonos que la magia estriba tanto en la mimesis como en el camuflaje.

La estética que cultiva se fundamenta en una sencillez absoluta del lenguaje. A veces parece querer pecar de inocencia; a veces, en el mismo tono, parece querer pintársele la sonrisa, a los personajes, de alegría o de llanto; de burla o de consuelo. Y es este “parece” donde radica su fuerza. Todo es como debe ser dentro de ellos. Ilse divide su obra en tres secciones: “Mitológicas”, “Oníricas” y “Cotidianas”.

La primera, “Mitológicas”, lo es parcialmente. Sí, existe el mito, y sí, lo conocemos, pero Ilse lo transforma, lo hace una historia de la vida cotidiana, como seguramente lo fueron en sus tiempos. Son mitos resucitados, vivos otra vez; menos mitos cuanto más vivencias. De esta serie de cuentos, el medular, y que presta su nombre al libro mismo, nos lleva de la mano de la durmiente hasta su lecho, que comparte con el minotauro. Olvidada de Ariadna y Teseo, ambos se aman. Ilse desarticula el mito del hijo de Pasífae y lo vertebrata en una historia vigente, similar pero diferente al Asterión de Borges, pues si éste lo hace sentir, ella lo hace amar. Una cama, “donde dos personas están bien, lo cual es igual a decir que se aman”, es el escenario.

En su segundo apartado, “Oníricas”, aparece el cuento “Té verde”, segundo del conjunto, que está al mismo tiempo dentro y fuera de lo mitológico; dentro y fuera a la vez de lo cotidiano –sea, pues, un estadio de transición, un puente tendido entre las otras dos secciones del libro–, entre plantas y juegos de vajilla; todo en el corazón de una ciudad adormilada, tal vez menos consciente que los amantes desengañosos. “Desencanto de las fiestas” es el cuento que cierra ésta, la sección onírica, como jugando. Paradojas, los mitos regresan más ancestrales que nunca, más arcaicos cuanto más presentes en la paradoja. Este último cuento es eso, precisamente: un abismo ficticio con una única solución posible, contradictoria, desesperante y, en verdad, fabricado así. Sin respuesta. “Nada”, dice uno de ellos.

“Cotidianas” es el último grupo que Ilse presenta. “Roma” es el título del texto más breve de todos los del libro, fractal acaso de los textos más largos. Con sus doce, aproximadas, líneas, posee la misma gracia e industria que cualquiera de los mencionados. De su Roma nos dice la protagonista “Adentro el vagón [del metro] debía hervir con tanta gente en él.” Es la visión desmitificada de la Roma de los Césares. La que queda, para ella, es la Roma del pueblo. No recuerda este personaje que junto a *Il Colosseo* se pasearon los gladiadores y los esclavos en fila para complacer, dentro del circo, a los dioses vivos. Es un lugar cualquiera en una ciudad cualquiera. Así, diluido ya el mito, le sobrevive su memoria. Se olvidan ciertos nombres, y con ellos algunos miedos; y con ellos algunos sueños. Se han vuelto cosa de a diario.

De minotauros y mujeres que duermen es un océano descrito con pocas palabras. Podemos sumergirnos en cualquier punto, y en cualquiera hallaremos diversas variedades de coral, de anémonas, de peces, descritos todos con la voz mitológica, sí, pero muy propia de la autora. Incluso nos susurra que existe una Atlántida, si nos arriesgamos más al fondo. Hemos visto la espuma de sus aguas. El mar que Ilse nos describe nos invita a nadar en él.



PARTITURAS DEL ÍNTIMO DECORO

RICARDO OROZCO CASTELLANOS

José Leonardo Lucero López

Estudiante de 5° semestre
de la Licenciatura en Letras Hispánicas

PARTITURAS
DEL ÍNTIMO
DECORO

Ricardo Orozco Castellanos



Ricardo Orozco Castellanos, *Partituras del íntimo decoro*, UAA, México, 2011.

*La memoria de Asunción quedó atrapada en palabras.
Hoy es una ciudad de papel, hecha con los relatos
de los sobrevivientes.
Asunción sólo revive si la imaginamos,
si la soñamos, si la nombramos.*

¿Quién podría hablar de Asunción y su gente? Su misma gente, los que día a día habitan sus casas y recorren sus calles; mas, ¿ha sido siempre el mismo lugar? Muy probablemente no, y es evidente que, aun hoy, se sigue acelerando su proceso de cambio. Entonces, ¿qué sucedería si quisiéramos revivir aquella ciudad de hace veinte años, treinta, cuarenta y, si seguimos, la de principios del siglo xx? Tú, lector, tendrías que volver en el tiempo (imposible aún) para abrir los sentidos a lo que ya no está y sentir lo mismo que sintieron tus padres, o tus abuelos, cuando pisaron Asunción (Aguascalientes) y ésta fue su hogar.

Ciertamente, este lugar que ahora pisas no es el mismo. Lamentable, pues el tiempo hace su trabajo y va dejando huellas de su paso. Acaso sólo la memoria de unos cuantos “sobrevivientes” pueda extraer un poco de aquello que ha quedado atrapado únicamente en los muros de la ciudad y que a veces rueda por sus calles. Nada más.

¿No existe, pues, forma alguna de hacer un viaje siquiera por una de las innumerables escenas de ese filme que, aunque se sigue rodando, ya no puede rebobinarse? Asunción se ha roto en varios fragmentos, en escenas que han quedado plasmadas en tinta sobre papel. He aquí que tenemos un guía que nos podrá llevar de la mano por ese viaje. La “ciudad de papel” puede ser recorrida en varias de sus antiguas esquinas, podemos entrar a las viejas casas, incluso un castillo, y podemos vernos frente a frente con sus anteriores moradores. Ricardo Orozco Castellanos se ha dado a la tarea de llevarnos de la mano por ese viaje (no menos placentero para el turista).

Pero no sólo es un viaje. *Partituras del íntimo decoro* tiene en sus escenas unos paisajes multimatizados de Asunción, de sus propios habitantes. Pareciera que a cada línea que se desprende de la historia de Orozco se va descubriendo poco a poco la ciudad detrás de esta ciudad, como si esos seres que ahora deambulan invisibles se fueran materializando hasta convertirse en las personas de carne hueso que alguna vez hicieron parte de una historia aún más grande. Se corre el riesgo de perderse en el mundo que se descubre en esos paisajes. No obstante, el autor, el guía, no nos dejará solos y, cuando sea momento de regresar, sabrá hacerlo de la mejor manera. Súbitamente volveremos a estar en el mismo lugar donde estábamos antes de emprender el viaje, pero, sorpresa de viaje incluida, es posible que después, cuando volvamos a salir a la calle, no veamos los mismos lugares con los mismos ojos.

Como viaje que es, considero prudente no llenarte la cabeza de palabrería que te pueda

arruinar la jornada, aunque, por supuesto, la fiebre del recién llegado, en su afán por contar cada detalle de lo que vio, pueda ser muy severa. La lectura de *Partituras del íntimo decoro* debe ser una experiencia personal y, como tal, a cada viajero le dará su propia cara y le dirá sus propias palabras. No me gustaría descubrir brechas que tú mismo puedes descubrir, o sacar a la luz pistas que te lleven prematuramente (precisamente por lo prematuro) a decepcionarte cuando vayas a medio camino. Es claro: tal vez sí sea útil recomendarte al guía, por ejemplo. Ricardo Orozco gusta mucho de narrar, de contar. Relatar es un placer exquisito para él. Por ello, sabrás y descubrirás que su lenguaje es rico en descripciones y metáforas, sin llegar al tedio. Ese conjunto es ya de por sí una de las bases fundamentales de su técnica para la creación de paisajes. Verás, y es conveniente que lo diga desde ahora, no sólo te estuve hablando de un recorrido espacial, ¿verdad? Tampoco temporal. Ciertamente están también las figuras humanas “materializándose” entre las líneas de tinta que corren. Entonces, tenemos también un paisaje psicológico, no sólo individual (como en “Pieza sola para saxo triste”, por ejemplo), sino colectivo (como en el caso de “Sonata en el jardín”), donde esos personajes se vuelven tan reales que es posible verlos a nuestro alrededor y percibir el mismo ambiente que ellos respiran, o respiraron.

Por cierto, muy importante (acaso lo notes desde que leas los títulos de las narraciones), la música es fundamental, mejor dicho, se cuela por cualquier resquicio de la historia. Las más de las veces se sabe disfrazar del ambiente narrativo, pero cuando hay oportunidad, no duda y sale a pequeñas notas, o en torrentes de melodías. “Adagio viendo la nieve caer o los desiertos del amor” es música, “Ensayo rompe de flauta cabezas travesa”, también, y habla de música. Además que este último sorprende por su línea narrativa “armable”.

Partituras del íntimo decoro tiene dos escalas: “Partituras” y “Del íntimo decoro”. Como

si se hiciera un viaje en el tiempo hacia atrás, “Partituras”, más cercana a nuestro tiempo, comienza por poner en la frente del lector el retrato de la debilidad (y en el fondo la locura) humana en cada uno de los personajes que aparecen en escena. “Del íntimo decoro” inicia su itinerario (un tanto más extenso) con “Adagio viendo la nieve caer o los desiertos del amor”, historia de un despertar, melodía y decepción, con un sutil sabor “schnitzleriano” en su temática. Las dos historias que concluyen, “Sonata en el jardín” y “El clave bien temperado”, nos llevarán aún más atrás en el tiempo, para luego traernos poco a poco de regreso, hasta el punto donde el propio autor tomará la batuta y cerrará este concierto y este viaje.

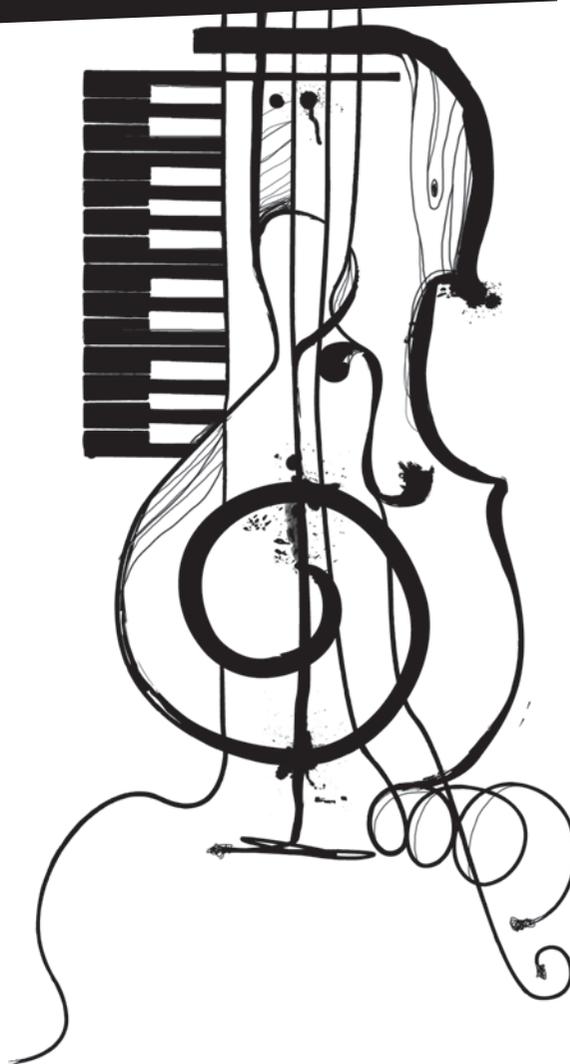
No más. Únicamente me gustaría hacer una discreta advertencia —por si acaso—: cuidado con los saltos de tiempo. Si por alguna razón, muchas de estas historias parecen serte familiares, supongo que se debe a que hablan sobre el mismo escenario, “y es que en Asunción los tiempos se tocan en círculos concéntricos, las vidas se cruzan, los hechos se repiten, se confunden. La Historia de la ciudad es una dilatada metáfora que alude simultáneamente a las historias mínimas de sus moradores”.

El siguiente texto forma parte del libro de relatos *Partituras del íntimo decoro*, que publicará la UAA este año, con motivo del XXV Aniversario de la carrera de Letras Hispánicas.

Serenata sin alientos

Ricardo Orozco Castellanos

Acurrucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales. No dormida, no, alerta siempre, atenta a mínimos, inquietantes movimientos a ras del piso. Suspendida en sus cavilaciones de animal que ha renunciado a las libertades de la calle, pero también a las innumerables asechanzas de los demonios, Nikita no mueve ni la cola. Apenas la nariz, incesante radar que nadie advierte, le trae los aromas caducos de la cena insípida que nadie comió, los maléficos olores del baño donde casi todos los habitantes de la casa han ido a depositar sus temores oscuros, su maloliente rabia, su angustia incolora. Mudo testigo inmóvil, decidida a no moverse más de ahí, su cuerpo



enflaquecido en los últimos años impide el paso entre el comedor y la recámara que solía ser principal. Muñeca de trapo que ya no es compañía de nadie, juguete de nadie, Nikita finge dormir sus sueños de perra feliz.

Inmóvil, enmudecido por propia voluntad, decidido a no moverse nunca más de ahí, su largo cuerpo –jaloneado por la adolescencia voraz de los últimos aciagos años– impide el paso a la cocina. Muñeco de trapo abandonado que ya no es compañía de nadie, juguete de nadie. Él inmóvil, él mudo, él. Y los demonios en el aire.

En qué momento las discusiones habían subido de tono y las palabras se enmarañaron, se juntaron como engranes descompuestos, sin concierto ni armonía. Cuándo los perros rabiosos comenzaron a asediarlo. En qué momento se rompió el delgado hilo de oro del sueño y comenzó la pesadilla que se prolonga sobre los pliegues del tiempo, en las invisibles espirales del aire, y se desborda en los silencios del padre que ha pasado de los gritos a los gruñidos a las súplicas balbucientes a las calladas lágrimas. Nadie puede pronosticar cómo terminará este nuevo episodio, cuándo se callarán esos perros.

La última vez fueron necesarias horas incontables de desesperante negociación para que accediera a salir de su cuarto, para que se dignara comer un plato de sopa. Ahora, pero ya hace tantas horas, ha declarado que no comerá ni beberá, que se dejará morir así, echado en el piso, ovillado, inmóvil y mudo. Horas de horas pasaron, y nadie ha logrado moverlo de ahí. Nikita sigue inmóvil mirándolo con los ojos de su sueño infantil.

El médico de la familia estuvo lentos minutos intentando convencerlo de incorporarse para dialogar con él, para inyectarle serenidad, para al menos mirarle la cara de niño crecido a fuerza. Pero no logró nada. Se negó a contestar el saludo; y si lo oyó fingió no hacerlo. Durante esos largos, acuciantes minutos sólo se escucharon murmullos trémulos de las hermanas menores, un llanto quebrado, vencido, acaso las voces –siempre ruidosas– ahora asordinadas de Mónica y Mariana, las hermanas mayores. Esos perros ahí, detrás, ubicuos, ladrando, babeando en la espera. Qué será necesario para obligarlo a reaccionar. Por lo pronto, nadie lo sabe. La noche no parece terminar nunca. El suplicio tampoco. Los demonios siguen aquí, detrás de la puerta,

asomando sus rabiosos ojos escarlatas, acechantes, prestos a saltar como un relámpago negro sobre su cuerpo.

Tampoco sabe nadie cuándo comenzaron las pesadillas. Tal vez el día olvidado en que su madre conoció el nombre cierto de su muerte. O la tarde tan presente en que la dejaron por fin descansando en su ataúd, la angustiada tarde cuando tuvieron que desprenderse de aquel cuerpo disminuido, ya sólo cobijado por la tierra, hundido en los pliegues del tiempo, resuelto en las espirales del polvo. Quién podría hoy descifrar los caminos que inventó la enfermedad para adueñarse de él, cómo penetró en su cuerpo atormentado por el duelo la semilla del caos.

Pasó los últimos días de vida de su madre sumido en el silencio, hundido en las almohadas más blandas, durmiendo y durmiendo. Amanecía cansado de dormir. Días hubo en que durmió veinte horas y aún así tenía sueño, un sueño incontrolable, obsesivo y circular. Las fechas comenzaron a ser irrelevantes, las nociones de deberes y quehaceres se fugaron muy lejos de su voluntad. Dejó la escuela, dejó las pocas amistades con que contaba en su edad turbulenta, dejó las aficiones –le gustaba leer novelas de aventuras marítimas– para concentrarse distraídamente en la televisión, el más poderoso de los somníferos, la fuente nutricia de sus fantasías, de sus sueños, de sus pesadillas diurnas. Comenzó a dormir sin tregua, ni siquiera se levantaba de la cama para comer. Mónica le llevaba a veces un bocado que masticaba sin ganas, como quien traga una medicina obligatoria e insufrible. Adelgazó más de la cuenta.

Sólo pasados doce días del funeral, dio señales de vida. Abandonó la cama, se reconcilió con el baño, recobró ánimos para probar algo de comer. Salió a la calle, por fin, luego de aquellas crueles semanas en que sólo la atisbaba por la ventana de su recámara. Volvió a cursar el primer año de preparatoria que había interrumpido cuando decidió dedicarse al cuidado de su madre, enfermero voluntario por más de cuatro meses. Pero la semilla del caos pronto se convirtió en una planta que crecía tan veloz y disparatada como su propio cuerpo. En un par de años, su situación había empeorado. El médico recomendó consultar un psiquiatra. El padre puso el grito en el cielo: no iba a consentir locos en la familia, nunca. Jamás había aprendido a

tolerar las enfermedades ajenas. El periodo final del cáncer de su mujer le había parecido una tortura. Imaginarse ahora al hijo como enfermo mental ya no le parecía soportable. Pasó un año más de negativas y renuencias, mezcladas con frecuentes escenas en que la tensión iba creciendo como un árbol de múltiples raíces que sube seguro hacia los cielos abiertos de la locura.

Él terminó a duras penas la preparatoria. No hizo el examen de ingreso a la universidad, tampoco quiso salir a buscar empleo. Se encerró detrás de los muros de su casa a vivir una vida supletoria, hecha de imágenes de televisión y fotos de revistas. De lado y al margen, su vida transcurrió durante meses en la más absoluta inanición. Pero cada vez más frecuentes, los pleitos de familia. Por las nimiedades más absurdas: una mirada torcida, una mueca de disgusto, una palabra que caía en el caldo de cultivo de los rencores, se desataban batallas campales de insultos, berrinches, pataletas al límite de la epilepsia.

Casi siempre la brutalidad provenía del padre. Con palabras y con gestos y con golpes, según fuera creciendo su cólera, para la que estaba incuestionablemente dotado. Los hijos parecían haberse acostumbrado a esas representaciones en que las voces de todos, siempre chillantes, iban subiendo de tono hasta confundirse en un estrépito imposible de tolerar, en el que no era posible distinguir palabras, cuando mucho tonos más o menos airados, más o menos crueles.

Sus propios gritos los ensordecen, salvo a la insobornable Nikita, que tiene las orejas perfectamente hechas al griterío y al tumulto. Ya no le importa. Se refugia aburrida en el mismo rincón de la recámara que solía ser principal cuando vivía la señora de la casa.

A últimas fechas el padre ha sustituido las groserías por meras interjecciones, su rabia se manifiesta sin palabras: portazos, gruñidos, puñetazos o coscorrones, acaso de vez en cuando acompañados de dos o tres incomprensibles y siempre ofensivos adjetivos. Y luego, largos ratos de ausencia que bien podrían confundirse con siestas, acompasadas por la suave respiración, casi silenciosa, de Nikita.

A pesar de que la costumbre borra toda frontera entre lo ordinario y lo extraordinario, lo de esta noche parece el extremo. Nunca antes él había alcanzado semejantes niveles críticos. La primera solución, la que creyeron más a mano fue llamar al médico. Ante el evidente fracaso, el padre no tuvo otro remedio más que aceptar la sugerencia de llamar al psiquiatra que el médico había recomendado. Le llamó varias veces hasta por fin localizarlo.

Se apellidaba Maldonado y era de aquellos psiquiatras que habían contribuido a establecer la profesión en la ciudad apenas quince años antes. Era fundador del hospital psiquiátrico, del que seguía siendo director desde hacía años. Apareció por fin, con su anodina cara de profesional desgastado, sus huesos demasiado visibles y con esa sonrisa absurda que dejaba ver unos colmillos decididamente perrunos. Le bastó una conversación a media voz con Mónica y Mariana —el padre había caído minutos antes en un repentino mutismo, quién sabe si solidario con el del hijo, o simplemente un reflejo, como si se tratara del hermano gemelo de Nikita— para tomar la decisión más drástica: le inyectó como pudo un eficaz sedante, y pidió una ambulancia para trasladarlo al psiquiátrico. Las hermanas palidecieron, todavía lloraron, si fuera posible agregar llanto al llanto, pero al fin se rindieron. Él escuchó los ladridos, se estremeció sin mover un músculo, en su corazón cayó un bloque de hielo. Los ojos bermejos de los perros fue lo último que vio antes de sentir en su brazo los arañazos, en su cuello los afilados colmillos. La última imagen que alcanza a retener, como leve resplandor entre las sombras espesas de su mente, es el rostro casi gris de su madre en el ataúd.

El padre se encerró en su cuarto. Cuando Nikita lo sintió entrar, cerrar la puerta, deshacer las sábanas, arrojar los zapatos, echarse sobre la cama medio vestido, despertó de su vigilia de perra feliz y ladró sin mucho ánimo, segura de que de nada valdrían sus protestas. Y así fue. El hombre sólo pronunció dos palabras, ya sin cólera, ya sin fuerzas, ya sin lágrimas, como un autómatas programado para decir: “cállate, infeliz”.

Acurrucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales, Nikita cuida el mal sueño de todos esta noche.

SABIO SIN PLUMA

Sabio sin pluma y Boheme: Juan Daniel Mosqueda Esparza.



Ensayos

POR LA LIBERTAD

Texto leído durante el homenaje al maestro Felipe San José, cofundador de la carrera de Letras Hispánicas de la UAA, en el Centro Cultural Universitario, el 1 de diciembre de 2010.

Ilse Díaz

Centro de las Artes y la Cultura

Egresada y maestra de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Me cuesta mucho elegir una entre todas las posibles formas para comenzar este pequeño texto.

Sé que lo que finalmente quiero decir tiene que ver con la palabra “gracias” y también con el cariño y la admiración que no solamente algunos, sino muchos alumnos a través de todas las generaciones desde el nacimiento de la carrera de Letras en Aguascalientes, siguen llevando con ellos.

Así que de alguna manera me gustaría servir un poco como voz de todos ellos, y no hablar desde mí nada más, pues si lo hiciera terminaría recordando cómo el apoyo del maestro ha significado tanto en mi propio camino profesional, cuando en realidad eso es exactamente lo que ha pasado con muchos de los que están hoy aquí y con otros tantos que no. Y como entre todos nosotros puede haber tantas y tantas palabras para hacerle llegar hoy, y que estoy segura de que a él le dan fuerza y además le hacen muy feliz, quizá sean hoy exactamente esas mismas frases que él nos enseñó las que me permitan manifestar aunque sea un poco de nuestra emoción.

Al maestro le gusta recordarnos constantemente cuánto deseo de libertad, cuánto amor y entrega al peligro en nombre de la libertad misma hay en la obra de Cervantes. Nunca pudo haber una clase de literatura de los Siglos de Oro que versara sobre el Quijote, sin escucharlo decir, casi como si el personaje cervantino entrara en él y usara su voz: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad [...] así como por la honra se puede y debe aventurar la vida”.

Este amar la libertad, hasta el grado de arriesgar todo lo que uno tiene, al menos aparentemente, pues al final resulta que aquello que poseemos no son más que artificios, me atrevo a decir que ha sido siempre un eje alrededor del cual ha girado su trabajo como educador. De ahí que nos inste muchas veces a no seguir una teoría determinada, sino a crear nuestra propia teoría en un acto, más que anárquico, de proposición de peligro, una cosa que en el fondo todos los profesores deseamos o deberíamos desear para nuestros alumnos: “vayan, arriesguen, de otro modo, ¿qué sentido tiene?”

Y junto a la llamada a la aventura, que promete viajes inesperados, y destinos aún menos pensados, siempre hay una increpación, aunque sea mínima que, leyendo *La vida es sueño*, nos recuerda el maestro que hizo, hace ya más de tres siglos, ese Segismundo que había vivido, precisamente, encadenado, privado de su libertad:

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición
por si alguna vez soñamos.
Y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive sueña
lo que es hasta despertar.

La libertad aparece como búsqueda suprema, desde la universidad, desde la cátedra, desde los textos literarios, desde el conocimiento y desde nuestra vida cotidiana; aunque no podemos olvidar que hay dentro de nosotros una tendencia a desear el bien ajeno, al egoísmo y a la violencia. Es ésa la que nos ha hecho olvidarnos de los otros. En el amor que el maestro tiene hacia las obras literarias, en su profundo conocimiento de las palabras y sus orígenes, está también esta consciencia de que la verdadera libertad no puede existir sin arrancar de raíz la profunda corrupción y la indiferencia que corroe nuestro mundo. Solamente cuando sepamos, como lo sabían los barrocos, con quienes él nos ha puesto a dialogar, que lo que nos rodea son apariencias, engaños, que todos somos exactamente iguales y que vamos hacia el mismo destino, solamente entonces, como nos sigue enseñando el maestro, será posible vivir libremente.

Me gustaría recordar, finalmente, y como otro ejemplo de este espíritu libre que siempre le ha caracterizado, la gran afición del maestro hacia el baile, la cultura y la música flamencas. Hay en este baile, salido del sentir de un pueblo marginado y obligado a lo largo de su historia a sufrir discriminación, vejaciones e incluso genocidio, un clamor que no es más que el brote puro del anhelo de ser libres, de no sujetarse a ningún amo y de vivir siempre de acuerdo a sus propios principios y leyes. Ésta es la forma en que él actúa, su soberanía. Y de una soleá, que canta un momento de dolor muy hondo, a una alegría de Cádiz, con sus aires de fiesta marineros, se mantiene actuando de acuerdo con lo que piensa, sin traicionarse.

Creo, sin demasiado temor a equivocarme, que eso es lo que él también desea para nosotros. Sé que su trabajo con tantos alumnos, sin duda, ha trascendido, aunque intuyo que esa trascendencia se ahonda y crece al amparo de nuestros actos, de la incursión que hacemos cotidianamente en las páginas de los libros, y que supongo que no se queda ahí, sino que se presenta en las cosas que hacemos, aun en las insignificantes, poniendo luz al tiempo y a sus acontecimientos, tal y como el maestro siempre lo ha hecho.

Las LETRAS: TESTIMONIO DE HUMANIDAD Y SENTIDO

CHRISTIAN RODRIGO BARBA Macías

Maestro de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Las letras no tienen su razón de ser en un simple fuero material, de cuyo guardan el mejor de los testimonios del humanismo en el hombre, lo cual no sólo implica el cultivo que el propio hombre haga de sí. El proceso en el cual el hombre deviene a humano lleva consigo la comunicación de su propia esencia y sentido, haciendo del lenguaje su mejor instrumento para lograrlo.

Las letras representan análogamente los procesos mediante los cuales el hombre se ha concebido a sí y al mundo que lo rodea, de este modo, en la mínima grafía se esconden todo el sentido existencial de la cosmovisión humana y el devenir de ésta.

La propia naturaleza epistemológica del hombre conlleva a la necesidad del nacimiento de conceptos, éstos denuncian al espíritu la realidad que se ostenta ajena a él. Es mediante la palabra por la cual el hombre comunica el resultado de su interacción con la realidad, pues con la palabra se es copartícipe del acto creador, dando ser o negándolo, construyéndolo o también aniquilándolo.

Lo anterior nos conduce a la deducción de la gravísima importancia del estudio de las letras que, desgraciadamente, en una sociedad como la nuestra no son del todo valoradas. Por citar ejemplo, las letras influyen de tal modo que hacen de mayor importancia el poseer un teléfono celular de alto prestigio y escribir correctamente los mensajes de texto emitidos en él. Y la evolución del idioma continúa, pero, ¿quién será aquél que estudie el devenir de nuestro idioma?

Celebrar veinticinco años de formar profesionales en Letras Hispánicas va más allá de un simple protocolo, es hacer una breve pausa para entender qué están aprendiendo nuestros discípulos, qué enseñarán a las futuras generaciones.

Por ende, cabe destacar que la letra por la letra no dice nada si no hay una intención o sentido que la fundamente; no hay sentido si no prevalece el amor a la verdad, la pasión por la bondad y la identificación con la unidad del ser.

El filógrafo –aunque comúnmente se le denomine como “letrero” en nuestra universidad– está llamado a ser un auténtico poeta del sentido y guardián de la humanización. Entiéndase poeta no sólo como aquel compositor de versos con alto grado de belleza, sino como la persona que realiza la creación y conducción, en este caso, de los conceptos y de sus grafías. Lo anterior se deriva del rigor de su concepto griego: *poíeta*, haciéndolo un monitor del sentido y un pedagogo de las palabras, donde el filógrafo es quien debe velar por el sentido de las mismas y el camino que aborden durante su devenir.

Hoy la postmodernidad amenaza no con destruir el idioma, pero sí con degradar sus conceptos; no con dejar de humanizar, pero sí con mutar el concepto que el

hombre tiene de sí. Es ahora cuando las letras denuncian por completo el significado que ellas mismas transportan, dado que es en la mínima expresión donde el hombre se denuncia a sí mismo, dejando una evidencia perenne de su legado en las letras.

Celebrar veinticinco años de Letras Hispánicas en Aguascalientes es conmemorar la identificación de la ortodoxia de nuestro idioma con nuestra cultura, con nuestra propia cosmovisión y concepción hispánica, misma ortodoxia que es lo suficientemente flexible para entender el nuevo concepto del hoy y resguardarlo en la conciencia colectiva, sin alterar la sacralidad del idioma.

Estudiar Letras Hispánicas demanda una antropología del hombre hispanoparlante en búsqueda de sí. Estudiarlas es profundizar en el por qué decimos lo que decimos, cómo lo decimos, cuáles son las evidencias de nuestro pensar y cómo se imprime el carácter en el devenir epistemológico de nuestro idioma. No implica radicalmente ser un docto de la historia de la literatura, tampoco ser un hermeneuta exhaustivo del idioma. La vocación a las letras va más allá de lo enlistado.

La vocación a las letras conlleva entender que somos testigos del encuentro y comunión de nuestro “yo” ante la desnudez del ser, y guardarle fidelidad. Pues en sí, el acto de ser, en los seres ya es una palabra en la propia existencia, donde el fenómeno de las cosas es una expresión clara, precisa y concreta de lo que es el ser crudo, hospedado en el plano denominado realidad.

Estudiar Letras posee como quicio el desarrollo de cuatro preguntas fundamentales: ¿qué significa la palabra para mí?, ¿cómo concibo aquello que para mí significa?, ¿cómo puedo comunicar la palabra? y por último ¿qué hago yo para preservar el sentido aunque cambie la palabra?

Las anteriores cuestiones están latentes a lo largo de la literatura; cada autor, a su manera, lucha por responderlas con discreción y prudencia; es ahí donde brotan las distintas formas y concepciones de abordar el sentido de la palabra, sintetizando el sentido del cómo se aborda la actitud ante la existencia misma.

El hecho de cuestionarse qué significa la palabra para uno mismo introduce el fundamento de la propia concepción de todo. Significar lleva a confrontarse con la verdad de las cosas y la actitud que se toma ante la cosa, por ende, al filógrafo le obliga ser obediente a la verdad.

Por su parte, cuestionarse cómo se concibe el significado es adentrarse a la contemplación intrínseca de las operaciones de nuestro ser epistemológico, consecuencia que obliga al filógrafo a conocer su propia persona.

En cuanto a refiere a la comunicación del concepto, se imprime la necesidad de donarse a los demás seres que no han concebido la idea como tal. Ahora bien, la palabra también es salvación, pues nos preserva de las tinieblas de la ignorancia. Comunicar es dar de sí, unificar el ser con el otro. Esto es la razón de ser de la palabra, por consiguiente, el filógrafo también está llamado a la comunicación y a donarse, puesto que no podrá comunicar realidades profundas y metafísicas si aún no concibe físicamente lo que es la unidad y la comunión entre sus semejantes.

Por último, la preservación del sentido únicamente es el resultado supremo de todo lo anterior, donde el legado o evidencia que se herede a futuras generaciones sólo sea el fundamento a partir del cual se edifiquen nuevos conceptos y, por consecuencia, nuevas palabras, mas a sabiendas de que todo lo anterior asegurará al ser de las cosas sin tipo alguno de rezago significativo. Ahora, si la palabra en sí es movimiento puro, ciertamente también lo es en el sentido donde se efectúa dicho movimiento, por lo cual, el futuro egresado debe estar con apertura al cambio, pero sin alienarse o negar sus orígenes.

En concreto, es así como las letras nos hacen amigos de la verdad, nos proporcionan un encuentro con nosotros mismos, nos llaman a la comunión y a no apartarnos de la propia esencia; es decir, nos humanizan y denuncian el rumbo del sentido.



Poemas DESPOJADOS

Paloma Mora

Egresada y maestra de la Licenciatura en Letras Hispánicas

7:30

Se anaranja el cielo y nos cubre con su acidez el cuerpo,
nos cambia de color la piel hasta que el color púrpura
se filtra en las miradas simultáneas.

Me dices que en tu casa no existe la tarde,
que lentamente la gama de gris se va cerrando
y una luz lechosa se pega a los objetos desde los faroles.

Ahora disfrutas del aire de esta hora,
del relajo de los pájaros antes de dormir
que vuelven negros los árboles
contagiando de negrura al cielo.

Tesoros

Desperté perezosa y sin ganas de escribirte.
No basta el recuerdo –la imagen de tus piernas en la tina–
ni la ausencia.

Es el sopor de día feriado que me salva,
las calles sin balones, zapatos o anunciantes,
soy bendita al escuchar que existen los silencios.
Como todos los vecinos, salgo a buscar tesoros
escondidos en buzones.

Me lleno de todos los objetos
para ser libro,
ser ventana,
ser un timbre,
un plato,
el radio.

Recorro la calle y los pasillos,
viajo con los ojos, luego con el tacto,
me pierdo, regreso.
Duermo un poco para engañar a la flojera,
y regreso.

Casa nuestra

La verdad viene siempre con el silencio,
y es imposible ignorar la ausencia,
tu huella sin anegar en la arena,
tus ojos memorizados en los pinceles.
Evidencia el sol la soledad de nuestra casa,
destaca el gesto serio de la puerta,
las ojeras de los muros hinchados de llanto.
La verdad viene siempre con el silencio,
y ahora que estoy tan callada,
escucho la distancia:
ninguna palabra tuya bastará para salvarme.



La ética ARISTOTÉLICA ATRAPADA EN REFRANES MEXICANOS

ANA LUISA TOPETE CEBALLOS

Egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Jefa del Departamento de Letras Hispánicas

*En un amigo retozas,
en ellos pones la mira
cuando por dentro carcome
el dolor cuando te tira.*

Aristóteles es, sin duda, un amigo de la virtud como digno “nieto de conocimiento” de Sócrates. Y como él menciona, la virtud es hermana de la amistad o va acompañada de ella (Aristóteles, Libro VIII, p. 182). Virtud, palabra que proviene del latín: *virtus, virtutis*, y cuya palabra griega es *Areté*, que significa “perfección de sí mismo”. La verdadera amistad proviene del virtuoso. Un amigo es un hermano que escogemos para que acompañe nuestros pasos por la vida, es un motivo de la existencia, es la muleta en que, en ocasiones, descansan nuestros adoloridos miembros. Pero, definitivamente, en una amistad hay afinidad, en el amigo tratamos de encontrar un poco esa extensión de mi Yo para verla reflejada en un Tú; en pocas palabras: “Dios los hace y ellos se juntan”.

El texto aristotélico a analizar, en sus dos libros, es un manual de amistad, de concordia, de amor y de buena voluntad hacia el otro, está lleno de virtud en cuanto al trato en las relaciones interpersonales, ya sea de amistad en cuanto a las relaciones padre e hijo, gobernante y gobernado, esposo y esposa. Por otra parte, analiza cómo deben ser las relaciones cuando de por medio hay trabajo o negocios, o en una asociación o club.

Aristóteles sigue siendo tan actual como lo fue en su tiempo, por eso en este ensayo, abordaré la *Ética a Nicómaco* enlazada con nuestra cultura mexicana a través de sus muy peculiares refranes. Los refranes mexicanos encierran dentro de sí toda una manera de pensar, una filosofía atrapada dentro de una cultura, un pueblo y una manera *sui generis* de ser que no se disparan de una filosofía universal, pues siempre encontraremos un punto en común.

Los amigos son dos que marchan juntos (VIII, p. 182), y entre ellos existe la concordia (Aristóteles, Libro IX, p. 220); esta palabra proviene del latín *cor, cordis*, que significa corazón, entonces se manifiesta en ella el significado “con corazón”. Los amigos son afines, hay semejanza entre ellos. Entonces podemos decir que “dime con quién andas y te diré quién eres”. Empédocles solía afirmar que “lo semejante tiende a lo semejante” (VIII, p. 183). También hay concordia en una ciudad cuando a todos les place que los cargos públicos sean electivos (IX, p. 221)

La benevolencia es el principio de la amistad (IX, p. 219), y de la amistad nace el amor, pero se ama lo amable, lo placentero y útil; los hombres aman el bien y el bien para ellos es igual que el placer (VIII, p.184). El sentido de “amistad” puede cambiar con el tiempo cuando los intereses ya no son los mismos (VIII, p. 188), así que decimos: “Amarse no es verse el uno al otro, sino mirar ambos en la misma dirección”; o cuando el espacio es el culpable de que se marchite esa relación: “Amigo, te guardé un higo, como no te vi, me lo comí”. Lo que llega a destruir esa amistad es el acto (VIII, p. 190): “Amar es un verbo”, y quien deja de hacerlo, ya sea por distancia o por cambio de intereses, hace que la relación comience a decaer. Si uno de los amigos permanece como era, sin cambio alguno, cabe el refrán: “Genio y figura, hasta la sepultura”; como si pareciera que las vivencias no le hacen madurar: “No hay peor tonto que el que se tropieza con la misma piedra dos veces”; o bien “Quien nace pa’ maceta, no pasa del corredor”, cuando el otro, por su parte, se hace mejor moralmente y llega a superar con mucho en virtud al primero (IX, p. 216). La amistad de los buenos es la única que puede desafiar la calumnia, pues nunca se harán injusticias. Existe también una amistad por placer recíproco, como sucede con los niños; pero la hay también, entre los adultos, por placer o por provecho, entonces se puede decir que es una amistad “por accidente” (VIII, p. 189). La verdadera amistad consiste en la de los hombres de bien: “Bien predica quien bien vive”. El hombre bueno es amable y deseable para el hombre bueno (VIII, p. 190). Cada quien busca lo semejante.

Aristóteles menciona que la afición se asemeja a una emoción. La amistad es un hábito (VIII, p.190), y hábito es repetición continua. Como bien se dice en cualquier rutina humana: “La práctica hace al maestro”, como cuando ejercemos hacer el bien a quienes queremos, ya sea por emoción o por hábito, o simplemente por “darle contento” (VIII, p. 191). En la gente mayor parece ser que disminuye ese acto de amistad por los cambios de carácter y la poca sociabilización que ya suelen tener. Es muy raro que un viejo comience con una nueva amistad (VIII, p. 191): “Chango viejo no aprende maroma nueva”, como coloquialmente decimos en México; además “los amigos se cuentan con los dedos de la mano”, pues para nadie es posible tener amigos en gran cantidad, porque “quien mucho abarca, poco aprieta” y “quien a dos años sirve, con alguno queda mal”; pero también defecto de amigos no es bueno: “ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre”; además, unas son las relaciones y otras son las amistades, lo cual es distinto (VIII, p. 191).

Hay diferentes clases de amistad según lo describe el estagirita. Una de ellas es la amistad de *superioridad* que se da entre padre e hijo, gobernante y gobernado, marido y mujer; pero surgen luego diferencias en todos estos ti-

pos de relación. En estas interacciones pueden aparecer ciertas desavenencias cuando cada parte pretende obtener más que la otra, como cuando en México se define: “El hombre reina y la mujer gobierna”, y cuando sucede esto, desaparece la amistad y comienza un conflicto de intereses (VIII, p. 207). Comúnmente, dentro de nuestra cultura se dice: “Todo en la vida tiene su medida”. En las relaciones debe haber una afección proporcional con ciertas diferencias, pues los hijos le deben tributo a sus padres, aunque ese tributo es diferente a la madre que al padre (IX, p. 214): “Al hijo malo, pan y palo” porque no hay peor cosa que un hijo malagradecido, en otras palabras: “Al desagradecido, desprecio y olvido”. El padre es causa del ser y, por ley natural, tiene superioridad sobre los hijos (VIII, p. 201). Es más grave despojar a un camarada que a un conciudadano –dice Aristóteles–, y no ayudar a un hermano que a un extraño, y golpear a un padre que a otro cualquiera (VIII, p. 197), por lo tanto, los padres deben infundir amistad y respeto a la vez, pues si no: “Cría cuervos y te sacarán los ojos”.

Al referirse al matrimonio, él afirma que los hijos son un vínculo para que la unión entre los esposos perdure y no sea tan fácil el divorcio, pues los hijos mantienen unidas a las partes (VIII, p. 204).

Aristóteles menciona otro tipo de amistad: por *utilidad* o por *placer*; mientras haya un intercambio de placeres o servicios, permanecerá, pero, además se debe tener en cuenta que la justicia crece a la par que la propia amistad, y en este tipo de amistad cabe mencionar “Cuentas claras, amistades largas”. Un ejemplo de este tipo de amistad son las asociaciones o clubes sociales, en suma, todas las comunidades son parte de la comunidad política de un pueblo (VIII, p. 198).

El filósofo griego hace una distinción y acota las diferentes formas de gobierno: la monarquía (*monoz*, uno; *arch*, gobierno), la cual él considera la mejor y cuya desviación es la tiranía, a la que llama perversión; la *aristocracia* (*aristoz*, importante; *kratoz*, gobierno), que puede pasar a la *oligarquía* (*oligoz*, poco) por el vicio de sus gobernantes cuando se reservan para ellos la mayoría de los beneficios; y, por último, la *timocracia*, que pasa a la *democracia* (*demoz*, pueblo; *kratoz*, gobierno), la cual tiene como ideal el gobierno de la multitud (VIII, p. 199).

En tiempos de Aristóteles –siglo IV a.C.– la esclavitud era vista como algo normal; este filósofo compara al esclavo con las cosas inanimadas; sobre ello afirma que no debe haber amistad en cuanto esclavo, sino como hombre (VIII, p. 202).

Cuando la amistad se funda en el *provecho*, hay de por medio reproches y quejas (VIII, p. 205), pues se puede presentar una situación desventajosa cuando hay abuso de una de las partes; bien decimos: “Quien administra tus bienes, por suyos los tiene”. Asimismo, la amistad *utilitaria* es quejumbrosa porque nace sólo por interés y se imaginan obtener menos de lo que se les debe (VIII, p. 205), y hay que ser cautelosos porque “ahora adulador, mañana traidor”. Es quejumbrosa, dice Aristóteles, porque se suscitan reclamaciones cuando no se cumple con lo pactado. La amistad utilitaria se divide en dos: una moral o de confianza y otra legal o por convenio (VIII, p. 206). Los que han recibido dinero en anticipo y después no hacen nada de lo que dijeron que ha-

rían, –aquí cabe decir que “canción pagada toca mal son”–, están con justicia expuestos a reproches (IX, p. 211).

El término egoísta es utilizado para quienes se adjudican a sí mismos la mayor parte, “Con la vara que midas serás medido”; y esto se aplica tanto en bienes económicos como en los honores y placeres del cuerpo (IX, p. 224). Tampoco es posible enriquecerse con la cosa pública –dice Aristóteles–, y alcanzar honores (VIII, p. 208). Nos preguntamos: ¿habrán leído algo de Aristóteles los políticos mexicanos?

El término egoísta sólo es admitido por Aristóteles cuando el hombre virtuoso se adjudica lo mejor de lo bello y lo bueno (IX, p. 227), siempre que el uso de la inteligencia y de la virtud estén de por medio, pues “belleza sin talento, veleta sin viento”. Podemos preguntarnos si los amigos son más necesarios en la opulencia que en la desgracia, y damos por hecho que el desdichado tiene más necesidad de amigos que le socorran, pues “los amigos se conocen en la cárcel y en la cama”; aunque cabe decir que en la prosperidad el humano necesita compartir también sus alegrías (IX, p. 228).

Todos aman más lo que han producido con esfuerzo, como los que han adquirido su fortuna por sí mismos la aman más que los que la han heredado. Recibir beneficio no implica esfuerzo, en tanto que hacerlo es laborioso y por eso se cuida, dice Aristóteles (IX, p. 223), y nosotros mexicanos diríamos: “Dinero de canto se va rodando”.

La felicidad es una actividad, al igual que mencioné que “amar es un verbo”. La felicidad crece y se desarrolla por la práctica: “Quien canta, su mal espanta”. Ser feliz consiste en vivir y actuar, ser feliz es también contemplar a nuestros prójimos más que a nosotros mismos, y mejor, sus acciones que las nuestras propias (IX, p. 228). Y para concluir: “La vida es corta, y pasarla alegre es lo que importa”.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles. (1983). Libros VIII y IX. *Ética Nicomaquea*. México: UNAM.
Gisper, Carlos (Director de publicaciones). (1994). Refranes. *Enciclopedia Autodidáctica Océano*, Barcelona: Océano.

